





# **La Luna dormida**

**Enric Herce Escarrà**

# La Luna dormida



C O M M O N S D E E D

## Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.1 España

### Usted es libre de:

- copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

### Bajo las condiciones siguientes:



**Reconocimiento.** Debe reconocer y citar al autor original.



**No comercial.** No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



**Sin obras derivadas.** No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

**Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones no se ven afectados por lo anterior.**

© 2007 David M. Rus por la portada  
© 2007 Enric Herce Escarrà por el texto  
© 2007 Ediciones Efímeras por la edición  
*contacto: [santiago@eximeno.com](mailto:santiago@eximeno.com)  
<http://www.edicionesefimeras.com>*

**Impreso en España**

***Yf they say the mone is blewe  
We must believe that it is true.***

***Anónimo (1528)***



**Me cuesta recordar** con exactitud qué fue lo que sucedió aquel día. Dejando de lado lagunas puntuales, no tengo ningún problema para evocar todo lo que vino después, imposible olvidarlo, sin embargo, aquel día me regresa siempre borroso, como si una extraña neblina llenara todas sus horas de principio a fin.

Recuerdo que llovía... o tal vez no... creo recordar que era un día gris sin sol, uno de esos que cualquiera se imagina al escuchar el *Everyday is like Sunday* de Morrissey; aunque quizá han sido los posteriores acontecimientos los que confunden mi recuerdo y le empujan a teñirlo con un filtro gris de fatalidad.

Fue a media mañana cuando la llamada de Merche me sorprendió holgazaneando en el sofá, quizá bostezando delante de cualquier programa estúpido o tal vez rompiéndome la cabeza con el sudoku del periódico. Recuerdo que cuando Merche me saludó con su habitual tono jovial le solté el inevitable «¿Ya habéis vuelto?».

Quedamos aquella misma tarde en una cafetería del centro para que me enseñaran las fotos y me contaran qué tal les había ido su periplo africano. «Te diría que vinieras a cenar pero entonces tendrás que tragarte las seis horas de película que Ricky ha filmado y no te quiero tanto mal. Mejor esperar a que haya editado la peli, al menos entonces la tortura será más corta».

Conocí a Merche y a Ricky en el instituto cuando éramos unos críos, de hecho fue mi primera novia quien me los presentó. Por aquel entonces yo pensaba que eran la parejita perfecta, cursi y pija, que cualquiera se imaginaría como reyes del baile en una graduación yanqui. Ella era la rubia espectacular de piernas interminables que lucía con desparpajo a base de faldas cortas y tejanos ceñidos. Una monada de ojos azules de belleza tan estereotipada como resultona, la chica, en resumen, a cuya salud se la meneaba medio instituto. Él, Ricardo Sánchez, Ricky para los amigos, era la estrella del equipo de baloncesto, un morenazo de metro noventa y por aquel entonces todavía incipiente musculatura, presente en los sueños húmedos de gran parte del personal femenino del centro, profesorado incluido.

Recuerdo que estuvimos charlando un buen rato, escondidos en el aparcamiento, mientras nos fumábamos unos petardos. La media hora del descanso fue suficiente para entender que eran bastante más que un par de caras bonitas y que en contra de lo que parecía, no sobraba el dinero en casa de ninguno de los dos: Ricky se estaba pagando la 250 centímetros cúbicos currando veranos y fines de semana, y Merche se costeaba sus trapitos a base de horas de repaso y haciendo de canguro.

Aquel mismo sábado salimos los cuatro por ahí y nos lo pasamos en grande. Eran divertidos y sabían pasárselo bien. Me sorprendió la seguridad con que los dos hablaban de lo que querían de la vida y de su proyecto en común. Ambos sabían a qué querían dedicarse y en qué facultad pensaban prepararse para ello, ambos sabían que querían pasar con el otro el resto de sus vidas y que querían casarse y tener hijos. Yo, con dieciséis recién cumplidos, apenas sabía qué asignatura odiaba menos o qué narices hacía saliendo con una chica que ni siquiera me caía bien.

Con el tiempo, Merche, tal y como tenía planeado, acabó la carrera de derecho en la Autónoma y al poco tiempo empezó a trabajar para un importante gabinete. Ricky, se licenció en dirección y administración de empresas por la Politécnica y MBA mediante abrió su propia consultoría financiera. Como no podía ser de otra manera se casaron hace ya cinco años, los dos con apenas veintisiete años, jóvenes, guapos y con pasta.

Nunca entendí qué es lo que les gustaba de mí; pero la verdad es que desde el día en que nos conocimos «me adoptaron» y nos volvimos inseparables. A lo largo de todos estos años Ricky y Merche siempre estuvieron ahí, a las verdes y a las maduras, en los buenos tiempos, que fueron los menos, y en los malos. Me aguantaron los lloros y mal humor el par de veces que me ha dejado una mujer que de verdad me ha importado. La última de ellas incluso me acogieron en su casa al quedarme sin ningún lugar adonde ir y querer ahorrarles el disgusto a mis padres. Nunca me juzgaron por escoger las parejas con la polla y empotrarme una y otra vez con el mismo muro. Nunca les avergonzó tener sentado a su mesa, entre tanto amigo abogado y economista, a un mozo de almacén, eterno aspirante a escritor, y a su novia punky, gótica o siniestra de turno. Jamás les molestó mi peculiar sentido del humor que a tanta gente ofende, al contrario, no solo lo entendían sino que les gustaba. Del mismo modo que

les gustaban mis escritos y me animaban a seguir escribiendo y mandando cosas a concursos y editoriales. Podría resumir este párrafo diciendo que eran, sin el menor asomo de duda, los mejores amigos que he tenido y que con toda seguridad nunca tendré, pero prefiero exponerlo de este modo para que cualquiera en su sano juicio pueda entender por qué.

No recuerdo en qué cafetería del centro quedamos aquella tarde, creo que fue en una de tantas cerca de la catedral. Lo que sí tengo bien presente es estar sentado junto a la pared acristalada del local y ver pasar a la gente. Fue el último día de julio de 2004. Merche y Ricky siempre se tomaban las vacaciones por aquellas fechas, y los hechos que sucedieron después no dejaron ninguna duda sobre el día exacto en que todo empezó.

No recuerdo si volvieron más morenos, ni más flacos. Recuerdo la camiseta encima de la mesa y las palabras de Ricky:

«Yo te hubiera traído un *djembe* pero esta tozuda dijo que esto te gustaría más».

«¿Qué narices es un *djembe*?»

«Un tambor mandinga, la peña se los llevaba a pares».

«Tú ni caso. ¿Te gusta?»

«Mola. La tela es... rara».

«Las hacen a mano. Vimos como las tintaban en barricas y luego como las pintaban. Ya lo verás en las fotos».

La camiseta era color tierra con un dibujo sobre el pecho. Con pinceladas blancas de aspecto irregular había representadas una Luna boca abajo y, una esfera rodeada por una corona a modo de haces de luz.

«¿La Luna y el Sol?».

«Los negros del Senegal son de los pocos en el continente que tienen una cosmogonía tal y como nosotros la entendemos. Este dibujo es una representación del mito de las dos luminarias que explica el origen del Sol y la Luna».

«Venga, que Merche se muere de ganas de contártela. Empiezo a creer que te escogió esta camiseta solo para darte el tostón».

Recuerdo la historia a grandes rasgos, pero sobretodo recuerdo la pasión que brillaba en los ojos de Merche mientras me la explicaba. Movía las manos en el aire, como si dibujara todas y cada una de las cosas que iba

narrando. También recuerdo cómo Ricky la miraba mientras lo hacía, con esa mezcla de satisfacción y orgullo con que solía hacerlo, literalmente se le caía la baba.

El mito senegalés de las dos luminarias explica el porqué de las principales diferencias entre el Sol y la Luna. Según la fábula que Merche contó aquella tarde, estando bañándose desnudas las madres de las dos luminarias, el Sol, respetuoso con la desnudez de su progenitora, apartó la mirada. No así la Luna, que no tuvo reparos en mirar el cuerpo desnudo de su madre. Al terminar el baño, la madre del Sol le dijo: «Hijo mío, siempre me has respetado y serás bendecido por la única, y poderosa deidad. Tus ojos no se posaron sobre mi desnudez mientras me bañaba y, por ello, quiero que a partir de hoy, ningún ser vivo pueda posar sus ojos en ti sin que su vista quede dañada». En cambio la madre de la Luna le dijo a su hija: «Hija mía, tú no me has respetado mientras me bañaba. Has clavado tu mirada en mi desnudez como si fuera un objeto brillante y, por ello, a partir de hoy, todos los seres vivos podrán mirarte sin que su vista quede dañada ni se cansen sus ojos».

Poco más puedo añadir acerca de lo que pasó aquel día. Merche y Ricky insistieron en que me probara mi souvenir allí mismo, pero no quise. Debí hacerlo al llegar a casa porque cuando desperté al día siguiente, la camiseta con las dos luminarias, era lo único que llevaba puesto.

**Unos días después** acudí al ático de Merche y Ricky para la prometida cena y el temido pase de video. Esta vez Ricky se había moderado bastante y, a diferencia de otras ocasiones, los tres conseguimos llegar hasta el final sin dormirnos.

Vi a Merche paseando por las calles de la ciudad colonial de Sant Louise, una isla en el río Senegal que un día fue una ciudad próspera gracias al comercio de esclavos, pero que decayó cuando Dakar se convirtió en la capital del Oeste africano a principios del siglo XX. Por encima de las casas bajas de paredes amarillas y desconchadas asomaban los minaretes de mezquitas, como en la rue de France. No en vano el noventa por ciento de la población del país es musulmana.

Vi a Ricky junto a un maltrecho bote de pesca, anclado sobre la arena en el bulevar Abdoulaye Mar Diop, junto a las aguas del río Senegal. La luz anaranjada del atardecer dotaba a la escena de un aire melancólico, casi poético, en contraste con la aridez y pobreza del paisaje. Paisaje que cambiaba radicalmente en la siguiente escena para transportarnos hasta Dakar.

Vi a Merche saludando a la cámara entre los parterres de La Place de l'Indépendance, junto al Hôtel Indépendance donde se hospedaron, en el centro del moderno Dakar. Luego aparecían los dos abrazados en la escalinata de acceso a la entrada principal de la Cámara de Comercio, un edificio de estilo colonial en la misma plaza.

La siguiente escena nos situaba en medio del bullicio imperante en la cola del pasaje para subir al bote que les llevaría hasta la isla de Gorée, tristemente famosa por ser el lugar desde donde tantos partieron camino a la muerte en botes negreros o en las plantaciones de América. Viendo la playa de la isla y las viejas casas con paredes pintadas de vivos colores, donde los turistas podían aprender a tocar el tambor, parecía imposible que aquel mismo lugar hubiera sido el principio del fin para tanta gente. Calles angostas, limpias y adornadas con flores, rodeaban un edificio rojo donde los esclavos eran encerrados a la espera de ser embarcados, lejos de su gente y de su hogar.

Donde no había contraste posible era entre las paredes del Fuerte D'Estrées. Su patio circular fue testigo de las peores atrocidades que

tuvieron lugar en la isla y que ahora testimoniaba reconvertido en museo de la esclavitud. Un silencio estremecedor acompañaba aquella parte de la filmación, solo roto de vez en cuando, por el ulular del viento.

Un nuevo cambio de escena nos devolvía a la capital y al bullicio del mercado de Sandaga, mucho mayor pero menos limpio que el marché Kermel, el otro mercado importante de Dakar. Las siguientes tomas llenas de ruido y de gente mostraban planos de la fachada del edificio de dos plantas. Ya en el interior abundaban las paradas llenas de colorido con carnes, verduras y pescados de todo tipo. De vez en cuando la cámara captaba en algún sucio rincón un grupo de *fakhmans*, niños que malvivían en la calles y se veían obligados a prostituirse para sobrevivir.

Ya fuera del edificio la cámara mostraba a Merche curioseando los kioscos de aparatos eléctricos de la avenida Emile Badiane regentados por *baol-baol*. En las calles vecinas los kioscos dejaban paso a tiendas de tejidos de todo tipo.

«Ahora verás la tienda donde te compramos la camiseta», dijo Merche señalando hacia la enorme pantalla del televisor.

Apenas había terminado de decir estas palabras cuando la imagen empezó a fallar. Al principio fueron leves distorsiones que deformaron tenderetes y vendedores, luego el efecto se acentuó violentamente hasta volverlos irreconocibles, como una foto que alguien estuviera arrugando con saña. Progresivamente una línea de ruido fue ascendiendo desde la parte inferior hasta cubrir toda la pantalla.

«¿Qué pasa?», preguntó Merche mirando a su marido.

«No lo sé», respondió Ricky, «cuando la edité ayer todo se veía bien. Tal vez el video ha mordido la cinta», dijo dirigiéndose hasta el aparato.

«Taage»

Ricky se detuvo. La voz provenía del televisor.

«Taage»

Merche y yo mirábamos la tele con la misma extrañeza que él.

«Taage...taage...»

Era una voz de anciana, oscura y grave que se escuchaba claramente por encima del ruido que seguía llenando la pantalla.

«Taage...taage...iTAAGE!»

Nos miramos asustados.

«¡TAAGE! ¡TAAGE!»

El volumen seguía subiendo hasta resultar ensordecedor. Merche se llevó las manos a las orejas intentando mitigar los gritos.

«¡TAAGE! ¡TAAGE! ¡TAAAAAAAAGE!»

Ricky apagó el televisor con un movimiento rápido y corto, como si el botón quemara.

El silencio regresó al comedor.

«¿Qué coño era eso?», pregunté levantándome del sofá con todos los pelos de punta. Al igual que su marido, Merche seguía con la mirada clavada en la pantalla oscura del aparato. Ninguno de los dos supo contestarme.

Ricky sacó la cinta del reproductor de video y la examinó meticulosamente.

«No parece estropeada», concluyó.

«Ponla otra vez».

Los dos me miraron como si hubiera perdido el juicio.

«Pon ese trozo otra vez, Ricky», insistí.

Ricky miró a Merche buscando su conformidad, cuando ella asintió regresó la cinta a la ranura. Encendió otra vez el televisor y bajó el volumen. Rebobinó la cinta hasta el momento en que terminaban las imágenes de los kioscos repletos de modernos televisores, videos y equipos de alta fidelidad. Esta vez las tomas de tiendas de tejidos se sucedieron sin que nada extraño ocurriera.

Aunque le estuvimos dando vueltas al asunto un buen rato, nadie supo dar una explicación convincente más allá de las dudosas interferencias de algún vecino radioaficionado.



**De cuantos objetivos** Ricky y Merche se propusieron siendo apenas adolescentes, solo había uno que todavía no habían podido hacer realidad. Aunque lo deseaban fervientemente, tanto, que casi se había vuelto una obsesión, todavía no habían conseguido tener hijos.

Pasado un tiempo prudencial de intentos fallidos, las pruebas pertinentes revelaron que Ricky padecía azoospermia o ausencia de espermatozoides en el semen. El 50% de los afectados por esta dolencia la sufren debido a una obstrucción de las vías excretoras que impiden su salida al exterior, en tal caso basta una punción testicular para extraerlos y fecundar el óvulo «in vitro». Desafortunadamente, Ricky pertenecía al 50% restante. Su azoospermia era producida por la ausencia completa de producción debido a un error de maduración. Sus células sexuales se quedaban en espermatoцитos primarios, un estadio previo a los espermatozoides, con lo que eran incapaces de fecundar un óvulo.

Tan pronto regresaron de su viaje al Senegal se pusieron manos a la obra con una nueva técnica que su doctor les había recomendado y que estaba dando muy buenos resultados en casos de azoospermia como la que sufría Ricky. Se trataba de la fecundación mediante espermatoцитos primarios.

Con una biopsia se extrae tejido testicular del afectado. El tejido se cultiva «in vitro» mediante una solución hormonal con la finalidad de estimular la maduración de los espermatoцитos primarios. Pasadas cuarenta y ocho horas los espermatoцитos alcanzan la categoría de espermatozoides y son microinyectados en el ovocito seleccionado de todos los extraídos de la mujer mediante punción ovárica. Dieciocho horas bastan para comprobar si la fecundación ha sido efectiva. En tal caso y pasadas treinta y seis horas más, el óvulo es introducido en el útero materno. Pasados quince días ya se puede conocer si el embarazo ha prosperado.

Merche y Ricky me contaron una y otra vez todos aquellos detalles del proceso, sin esconder lo ilusionados que estaban con el tema y la gran cantidad de esperanzas que tenían puestas en que esta vez, todo funcionara a las mil maravillas.

Ambos tenían motivos de sobras para sentirse satisfechos con lo que habían conseguido en sus vidas: se querían y complementaban a la

perfección; sus trabajos les encantaban y sus trayectorias profesionales marchaban viento en popa. Eran jóvenes y todavía les quedaban unos veinte años antes de empezar a sufrir los achaques de la edad. Si lograban solucionar aquel contratiempo, los dos tendrían al alcance de sus manos lo más parecido a la felicidad pasajera que un mortal puede experimentar en esta vida. Algo de lo que la mayoría no llegamos ni tan siquiera a atisbar un destello lejano a lo largo de toda la nuestra.

El tratamiento de Ricky coincidió con mis vacaciones. Había demasiado trabajo en el almacén como para que pudiera tomarme el mes que me correspondía, pero ya llevaba más de un año sin un descanso y a pesar de las protestas de mi jefe conseguí que me concediera una semana a principios de agosto.

Jorge, un delineante que había conocido en un taller de escritura, me había propuesto una escapada a Gran Canaria. Había cortado con su pareja hacía menos de medio año y seguía con el síndrome del soltero, por lo que es bien fácil imaginarse el plan que tenía en mente: playa, juerga, alcohol y chatis, sobretodo mucho alcohol y más chatis. Plan que encajaba perfectamente con mi condición de tipo sano y sin compromiso. Un tío de Jorge nos dejaba un apartamento en Las Palmas. El hombre vivía en Francia y solo lo utilizaba un par de semanas al año, con lo que no tendríamos que preocuparnos por el alojamiento y encima nos ahorraríamos una pasta.

El apartamento estaba situado en Vegueta, una de las principales zonas de ocio en la parte más antigua de la isla. Rondaría los sesenta metros cuadrados y tenía dos dormitorios con camas dobles.

«Por picadero no será», sentenció Jorge guasón mientras me enseñaba mi habitación. «En esta cama o duermen dos o no duerme nadie».

«Pues que sepas que no me atraes lo más mínimo».

«Tú mismo. Si no me puedes seguir el ritmo siempre te puedes dedicar a visitar los monumentos y museos de la parte vieja».

Jorge y yo teníamos pocas cosas en común, pero las circunstancias de la vida nos habían hecho muy parecidos. Él era un animal social. Uno de esos tipos que no cuesta nada imaginar en medio de cualquier reunión de amigos contando anécdotas y chistes mientras el resto le adora y ríe a su

alrededor. Uno de esos que sin ningún afán de ser el centro de atención ni el alma de la fiesta, sencillamente lo es, de forma natural y por derecho propio.

Jorge nunca me había aclarado del todo los motivos de su ruptura. Sabía que llevaban saliendo doce años y cinco viviendo juntos y que cuando todo se fue al carajo se quedó más solo que la una. Todos sus amigos, que también eran los de ella, tomaron partido en el asunto y no fue de su lado. Desengañado y más cerca de la cuarentena que de la treintena, desde entonces le había dado por actividades solitarias que no le obligaran a exponerse demasiado. La escritura era una de ellas. Sin embargo, cuando bebía suficiente o se metía un par de rayas, si encontraba un público propicio, Jorge volvía a ser el de antes. A lo largo de la primera noche que pasamos en Gran Canaria, me pregunté en más de una ocasión si la cantidad de alcohol que ingería y de mierda que se metía por la nariz, eran resultado de la ruptura todavía no superada o fueron una de sus causas.

La primera noche de caza fue un completo éxito. Tan pronto salimos del restaurante argentino donde cenamos vacíos y empanada, nos metimos en el primer garito que encontramos. Éste resultó ser uno de esos locales *fashion* estilo ochenta, con luces de neón entre motivos tropicales; solo faltaba Tom Cruise haciendo combinados sobre un taburete.

Apenas nos acodamos en la barra, dispuestos a pedir la primera ronda de cubatas, Jorge me señaló con la cabeza una mesa ocupada por dos mujeres. Se ventiló medio vaso de un trago y con paso firme se fue directo hacia ellas. Jorge no era guapo, ni siquiera atractivo, pero era alto y delgado, de piel morena, sonrisa agradable y las americanas le sentaban estupendamente. Tan pronto vi como las dos mujeres levantaban la mirada hacia él comprendí que ya las había medio camelado con su paseíllo triunfal.

En cinco minutos ya estábamos los cuatro sentados en su mesa, echándonos unas risas entre caladas y tragos. Se llamaban Nerea y Teresa, eran bilbaínas y las dos estaban divorciadas. Rondarían la treintena y no estaban nada mal. Nerea era rubia, pelo rizado, algo rellenita y con buenas tetas, Teresa llevaba el pelo castaño a lo chico, era delgada, más bajita, menos espectacular que su amiga pero mucho más mona de cara. De

buenas a primeras quedó bien clara la predilección de Jorge por Nerea, después de todo él iba a lo que iba, así que cuando la conversación comunitaria se partió en dos yo me centré en Teresa.

Creo recordar que era enfermera, que tenía un hijo del cual me enseñó una foto y me dijo el nombre. Durante los primeros compases de la charla se mostraba tímida y poco suelta, evidenciando sin decirlo que era la primera vez que se tomaba unas vacaciones sin esposo e hijos en mucho tiempo y que aquello era lo más parecido a ligar que hacía desde que empezó a salir con él en la universidad, todo un matrimonio fallido atrás... toda una eternidad. No hace falta ni decir que aquella prudencia inicial acentuó el morbo irresistible que me producía su rostro de niña pecosa.

A partir del sexto cubata los recuerdos de aquella noche empiezan a diluirse. Recuerdo que estuvimos en varios locales cuyas decoraciones y músicas se confunden. Recuerdo una discoteca en la que estuvimos bailando y donde le di el primer beso a Teresa. Recuerdo las rayas de coca sobre la negrura de la mesita del privado. Recuerdo el tacto de su piel caliente y sus gemidos de placer susurrados al oído. Recuerdo la mano de Jorge entre las piernas de Nerea mientras ella, totalmente entregada, se dejaba hacer. No recuerdo a qué hora ni cómo llegamos hasta el piso del tío de Jorge, pero de algún modo lo hicimos porque cuando desperté al día siguiente me encontraba desnudo sobre la cama de mi habitación. Teresa estaba conmigo, y para mi sorpresa, también lo estaba Nerea. Logré zafarme de tanto brazo y pierna entrelazada y me acerqué al dormitorio de Jorge. Entreabrí la puerta de su habitación pero su cama estaba hecha y vacía.

Me llevé la mano a la cabeza en un gesto inconsciente, casi obligatorio al despertar de una farra de las buenas, y solo entonces caí en la cuenta que no padecía el menor signo de resaca. La cabeza no me dolía en absoluto, ni siquiera sentía un ligero mareo, y mi estómago estaba tan calmado como si le hubiera alimentado a base de ensaladas y verduras los últimos diez días.

Me vestí y comprobé que tenía un par de llamadas perdidas en el móvil.

Las dos eran de Ricky. Salí al balcón para no despertar a las bellas durmientes y le llamé de inmediato.

«¿Cómo va eso, isleño?».

«Caen a pares, chaval».

«Ya será menos», respondió él. No podía reprocharle que lo hubiera tomado por una fanfarronada. La verdad es que todavía no me lo creía ni yo.

«Mañana tienes la biopsia ¿no?»

«Sí, mañana por la mañana, pero no te llamaba por eso. ¿Te acuerdas de aquella interferencia en el video de Senegal?»

«Sí, claro».

«¿No recordarás la palabra que se repetía, verdad? Merche no se acuerda y a mí me suena algo así como «Tega» o «Taga» pero no estoy seguro».

«Taage», respondí con una seguridad que me sorprendió incluso a mí. La memoria no era mi fuerte.

«¡Exacto! Joder, llevo desde ayer por la noche dándole vueltas».

«¿Pero y a ti qué te ha dado ahora con eso?»

«Tengo que llamar a nuestro guía senegalés, Sadibou, para comentarle un par de cosas y ya de paso he pensado en preguntarle acerca de esa palabra».

«Menudas preocupaciones tienes tú ahora. Se nota que estamos de vacaciones, eh?»

«Así no pienso en lo de mañana».

«Ya verás como todo sale bien. En menos que canta un gallo tenéis la casa llena de Ricarditos y Merchitas».

«Ojalá... ¿cómo?... ¡Ah!... Merche dice que aproveches para hacer todas las gamberradas que se te ocurran y las que no...».

«Estoy en ello, podéis creerme».

«Perfecto. Te llamo en cuanto sepa algo».

Llamé a Jorge pero me saltaba el buzón de voz.

Cuando Teresa y Nerea se levantaron yo ya había preparado el almuerzo. Aunque el éxito fue escaso: ninguna de las dos tenía estómago para ingerir nada.

«¿Sabes dónde está Jorge?», le pregunté a Nerea.

«No lo sé», respondió ella acariciándose las sienes con los ojos cerrados. «¿No tendrás un Gelocatil, verdad?»

Les di uno a cada una.

«Será mejor que nos vayamos al apartamento», le dijo Teresa a su amiga. Desde que se había despertado no me había mirado a los ojos ni una sola vez. Supuse que en cierta forma se avergonzaba de lo que había pasado aquella noche o mejor «debía haber pasado». Aunque parecía evidente, al menos yo no atesoraba ni un solo recuerdo nítido de nuestro particular *menage a troise*. Una verdadera lástima.

«Si queréis podemos quedar más tarde», les propuse dejando bien a las claras que por mí no había ningún inconveniente en repetir la experiencia.

«Claro que sí, cielo», respondió Nerea sonriendo picarona mientras tomaba nota de mi número, «os llamamos». Me dio un par de besos y se fue seguida de Teresa quien apenas musitó un tímido «adiós».

Una vez se hubieron ido atacué la ensalada de pasta que había preparado. De repente me había asaltado un apetito voraz y no pude dejar de comer hasta haber terminado con media fuente. Luego me tumbé en el sofá y encendí la tele. Hice zapping hasta encontrar un canal local donde estaban dando las noticias. Me llamó la atención el acento isleño del presentador y decidí dejarlo. Después de todo, los ojos se me empezaban a cerrar y era cuestión de minutos que me quedara frito. Estaba agotado.

Entre las brumas del primer sueño todavía pude oír como el joven periodista, convenientemente trajeado y repeinado con gomina, informaba de una noticia de última hora: había sido encontrado un cadáver en la playa de las Canteras.

**Supongo que en** toda historia hay un momento en el que los acontecimientos se precipitan. Ese punto de inflexión en el que las reglas de lo cotidiano se rompen definitivamente y elementos extraños irrumpen sin que se les haya invitado. Esos segundos definitivos que convierten un suceso cualquiera de los muchos que nos acontecen, en algo extraordinario que lo cambia todo para siempre, y pasa a ser de inmediato el eje de nuestra mortal existencia. Supongo que como casi todo en esta vida, algunos considerarán que ya he sobrepasado esa frontera con creces y muchos otros, la situarían mucho más tarde. En mi humilde opinión considero que es en este punto exacto de mi historia cuando todo empezó a tomar una dirección funesta ya imposible de corregir, aunque entonces todavía no lo supiera.

Cuando el sonido de mi móvil me despertó, el televisor estaba apagado. No recordaba haberlo hecho, pero no era ningún disparate imaginar que había apretado el botón del mando a distancia todavía medio dormido.

Cuando descolgué y respondí vi que más allá de las cortinas del balcón empezaba a oscurecer.

Era Ricky. Hablaba atropelladamente y yo todavía estaba medio dormido. No entendí nada de lo que me decía.

«Oye, Ricky. Tranquilízate ¿quieres? Apenas te entiendo».

«...taage, Sadibou me ha dicho lo que significa... »

«Espera, espera, ¿Sabidou?».

«El guía senegalés, coño. Ya te he dicho antes que hablaría con él».

«Vale, vale... sí, la palabra de marras... y qué... ¿ha habido suerte?»

«Por decirlo de alguna manera».

«¿Y bien?»

«...es wolof, la lengua más hablada en Senegal...»

«Creí que la lengua oficial era el francés». Decidí que interrumpirle una y otra vez podría ayudarle a tranquilizarse y ya de paso me daría tiempo a despertarme.

«... y lo es. Pero el wolof es la lengua nacional...».

«De acuerdo. ¿Y que te ha dicho el guía que significa esa palabra?»

«...es un verbo... se utiliza para anunciar una muerte».

Me levanté del sofá tirando el mando de distancia al suelo. Acababa de

venirme a la memoria la noticia del descubrimiento de un cadáver que había escuchado medio amodorrado en la tele. Tenían que haber dicho si se trataba de un hombre o de una mujer pero me había quedado dormido antes de escucharlo. Una voz anunciando una muerte, un cadáver y Jorge que no había vuelto en todo el día.

«...¿me oyes?»

«Sí, sí disculpa».

«Y mañana es la biopsia tío, estoy acojonado».

«Pero Ricky, sí solo es un cortecito de nada con anestesia local. Venga, no me seas absurdo. ¿Realmente crees que una voz nos habló desde el televisor? Aquello no fue más que una mezcla entre el sonido ambiente de tu grabación y alguna interferencia extraña». No resulta nada fácil mostrarse tranquilizador cuando uno está de los nervios.

«Tú lo escuchaste tan bien como Merche y yo mismo».

«Mira Ricky, como Merche te oiga hablar así se va a cabrear y con razón. Venga, hombre no me seas capullo. A nadie le gusta pasar por quirófano pero tampoco hay que exagerar ¿no te parece?».

Finalmente conseguí dejar a Ricky medio convencido. Cuando colgué el teléfono volví a llamar a Jorge. Me sobresalté al escuchar un sonido que llegaba desde su habitación. Colgué de inmediato sintiendo el inconfundible roce del miedo a la altura de los riñones. Me levanté y me encaminé hasta su dormitorio. Recorrí el pasillo pasando frente a mi habitación camino de la entrada. Me detuve frente a la segunda puerta a mano derecha. Acerqué la mano al picaporte lentamente. Entonces se abrió la puerta.

«¡Coño! ¡Joder!».

«¡La madre que te parió!»

El ruido que había escuchado en su cuarto era el móvil sonando. Jorge había regresado mientras dormía y se había encerrado en su habitación para hacer lo mismo. Mi llamada le había despertado.

«¡Hostia puta que susto me has dado, cabrón!»

«¡Pues anda que tú! Me llamas, me despiertas y luego te encuentro amorrado a mi puerta».

«¿Pero se puede saber dónde cojones te habías metido?»

Mientras Jorge daba cuenta de la ensalada que quedaba me intentó explicar lo que había sucedido. O al menos lo poco que recordaba.

«Salimos de la discoteca del puerto y cogimos un taxi. Durante el trayecto Teresa dormía, y Nerea se dedicó a sobarme. No me sacó la mano del paquete en todo el trayecto. Yo no podía dejar de tocarle las tetas, tío, imenuda fiera! Suerte que mientras tanto tú le dabas conversación al taxista».

«¿Yo?»

«Sí... bueno eso creo. ¿Te sentaste delante no?»

«No, no me acuerdo. ¿Y después del taxi? Porque nosotros llegamos pero tú...»

Jorge se apartó de delante la fuente de ensalada. Todavía quedaba otra ración pero no parecía tener más apetito. Se pasó la mano por el pelo hasta detenerla justo encima de su oreja derecha. Miraba fijamente la pantalla apagada del televisor como intentado recordar, mientras jugaba con un mechón entre los dedos. Su mirada ausente se clavó en mí y me sonrió. Tenía sangre entre los dientes.

«Yo...»

Me levanté de la mesa recordando el cadáver que había aparecido aquella misma mañana. Es en momentos como este cuando uno piensa cosas del tipo: «me he ido de viaje con un tipo que apenas conozco».

Jorge también se levantó. De repente parecía más delgado y pálido que nunca. Yo retrocedí hasta topar con la pared. Una vez más se llevó la mano a la cabeza, cerca del oído derecho. Al apartarla, acompañó su movimiento un desagradable sonido orgánico. Sin borrar aquella sádica sonrisa del rostro me alargó lo que tenía entre los dedos como si me lo quisiera mostrar. Era un largo mechón de su pelo todavía unido a un sanguinolento trozo de cráneo. Por el agujero que ahora oradaba su cabeza empezaba a derramarse masa craneoencefálica.

«Yo, estimado amigo, estoy muerto».

Desperté sobresaltado. Llamaban a la puerta. Era la policía. Venían buscando al tío de Jorge.

Durante los primeros compases de la conversación me mostré aturdido y confuso, el corazón todavía me latía desbocado bajo los efectos de la reciente pesadilla. Cuando quisieron saber mi identidad incluso estuve a punto de hacerme pasar por un turista que había alquilado el piso; me aterraba la idea de que me me interrogaran sobre lo sucedido la última

noche y no poder dar ninguna respuesta convincente. Sin embargo, sería cuestión de minutos que los padres de Jorge desvelaran que su hijo estaba pasando unos días con un amigo en casa de su tío, tan pronto las autoridades de la península se pusieran en contacto con ellos, o que mis llamadas al móvil de Jorge contradijeran mis palabras. Hubiera sido la forma más rápida y estúpida de convertirme en sospechoso de lo que fuera que le hubiera sucedido, así que opté por decir la verdad.

«Me temo que traemos malas noticias. Su amigo ha fallecido».

Me pidieron si podían pasar y hacerme unas preguntas. Recuerdo que viví los minutos siguientes como si todo aquello le estuviera pasando a otra persona, como si mi cerebro estuviera embotado por los efectos de algún tipo de tranquilizante que aturdía mis sentidos y dotaba a toda la situación de un aire irreal.

«¿Se encuentra bien?».

Me acompañaron hasta el sofá, pero les dije que estaba bien, que solo necesitaba que me diera un poco el aire. Salí al pequeño balcón del comedor y aspiré el aire nocturno, angustiado.

Desde mi atalaya, Las Palmas, la ciudad acogedora y alegre a la que había llegado el día anterior, se me mostraba como cubierta por un sudario de desazón, y las luces de las farolas forjadas me parecieron fúnebres teas incapaces de oponer más que una tenue luz al avance de la oscuridad. Ajenos a todo ello, los primeros grupos de jóvenes recorrían la calle peatonal, sorteando entre risas las macetas que impedían el paso de vehículos, camino a la zona de marcha.

Uno de los agentes, el que había hablado y les había identificado a ambos, se sentó junto a mí en el sofá mientras el otro lo hizo a la mesa, frente a los restos de la ensalada de pasta, sacando un bloc para tomar notas. El reloj de encima del televisor marcaba las once menos diez.

Ambos agentes escucharon en silencio cuanto recordaba de la noche anterior hasta que nombré a Teresa y Nerea.

«¿Estas personas pueden corroborar todo lo que nos está contando?»

«Supongo que sí, al menos nos acompañaron casi toda la noche».

«¿Dispone de algún teléfono o dirección donde podamos localizarlas?»

Recordaba que Nerea se había apuntado mi móvil, pero ni ella ni Teresa me habían dado el suyo. Habían comentado que tenían alquilado un

apartamento por todo el mes, pero no habían mencionado la dirección. Ni siquiera sabía sus apellidos.

«Ellas tienen mi teléfono, pero si no me llaman, me temo mucho que no».

«¿Recuerda en qué locales estuvieron?»

Intenté hacer memoria. Conseguí darle el nombre de los dos primeros pubs a los que fuimos en Vegueta. Una vez nos desplazamos a la zona del puerto habíamos entrado en una discoteca pero no recordaba el nombre ni por asomo.

Al cabo de media hora ya les había contado cuanto era capaz de recordar.

«De acuerdo, muchas gracias por su colaboración, nos ha sido de gran utilidad. Por el momento esto es todo, pero procure estar localizable por si precisáramos algo más de usted. Si recordara algo más no dude en ponerse en contacto con nosotros».

«Solo tengo vacaciones hasta el domingo», respondí sin pensar, al instante comprendí lo infantil del comentario.

«No se preocupe por eso», respondió el agente con una tímida sonrisa.

«Jorge... ¿ha sido asesinado?».

Por un momento el policía me miró algo sorprendido antes de intercambiar una fugaz mirada con su compañero. Luego me respondió con un tono que pretendía ser tranquilizador:

«El cuerpo de su amigo presentaba un traumatismo craneoencefálico severo en el lado derecho de la cabeza. La autopsia ha revelado que había consumido cantidades importantes de alcohol y cocaína. Todavía es pronto para descartar ninguna posibilidad pero la hipótesis del accidente es la más probable. Solo intentamos esclarecer de forma lo más precisa posible cómo se produjo».

Tan pronto se fueron los dos agentes de la policía nacional me derrumbé sobre la cama. Estaba agotado y me quedé dormido de inmediato; pero fue un sueño intranquilo, plagado de pesadillas que me despertaron en diversas ocasiones a lo largo de toda la noche. El rostro pálido de sonrisa sanguinolenta de Jorge me acechaba desde cualquier rincón iluminado por la luz de la Luna y al menos en una ocasión, puede sentir con un realismo

estremecedor como una mano fría me acariciaba la espalda. La última vez que miré el reloj de mi móvil eran las tres y diez pasadas.

## **Dormí hasta el** mediodía.

Al despertar estuve un buen rato echado en la cama con la mirada clavada en el techo. Necesitaba ordenar la amalgama de pensamientos que rebullía en mi cabeza sin ton ni son. Lo intenté sin excesivo éxito. Le di un vistazo a la pantalla del móvil: tenía una llamada perdida de la noche anterior. Era un número desconocido, tal vez fueran Nerea y Teresa. Las llamaría más tarde. Marqué el número de Merche.

«Hola guapa, ¿cómo anda el huevo de tu marido?»

«Como la seda. Ya se le han pasado los efectos de la anestesia y le empieza a molestar un poco la herida, pero todo bien. Total solo le han dado un puntito de nada. ¿Y tú que tal andas por las afortunadas?».

«Bueno, podría ser peor».

«¡Menudos ánimos! Pero si Ricky me dijo que las estabas enamorando a pares».

«Sí, bueno, en ese aspecto no me puedo quejar... mejor os lo cuento cuando vuelva».

«Bueno, como quieras. Si necesitas algo ya sabes...»

«No te preocupes, estoy bien... anda pásame al eunuco».

«Hola mamoncete».

«¡Menuda sorpresa. Todavía estás vivo!»

«Capullo».

«¿Cómo estás?»

«Bien, lo tengo algo hinchado y me duele un poco, pero el médico ya me ha advertido que tendré molestias dos o tres días».

«Bueno. Ahora toca esperar ¿no?».

«Si los espermaticitos maduran adecuadamente microinyectarán el ovocito pasado mañana y luego a seguir esperando».

«Esto está hecho».

«¿Todo bien por ahí?»

«Bueno, no mucho la verdad. Pero ya os contaré. Nada que deba quitaros el sueño».

«Pareces cansado».

«Demasiada fiesta. Vosotros a lo vuestro. A ver si para cuando vuelva ya me habéis hecho tío».

Aquella mañana, después de desayunar, intenté distraerme dando una vuelta por la zona. Hacía un día soleado que invitaba a huir del agobio de las cuatro paredes. Desde que había llegado a la isla solo había salido de casa la primera noche y la mayor parte de ella la habíamos pasado en lugares cerrados.

Merodeé sin rumbo fijo hasta que fui a dar con la plaza de Santa Ana. Me senté en los escalones de la entrada, a pocos metros de ocho estatuas de bronce que representan varios perros de presa. Eché mano de la pequeña guía que habíamos cogido al llegar, en una oficina de turismo del aeropuerto. Por lo visto aquellas estatuas simbolizan los perros que abundaban en la isla cuando llegaron los conquistadores españoles, de hecho, descubrí que el can canario era un elemento recurrente ya en los primeros emblemas heráldicos de la isla, hasta llegar al broquel actual de 1982 en el que aparecen dos perros custodiando las siete islas. Durante mucho tiempo incluso se creyó que a los canes se debía el origen etimológico del topónimo.

Gracias a la guía supe que entre los edificios que rodean la plaza se encuentra el Palacio Regental, que sirve de residencia del Presidente de la Real Audiencia de Gran Canaria, las Casas Consistoriales, el Palacio Episcopal, del que tras el gran fuego de 1599 solo quedó la fachada, y la Catedral de Santa Ana y sus torres gemelas, la primera construcción artística de la isla y que fue ordenada por el Rey Católico después de su conquista de la isla en 1478. Con todo, mi ánimo no era el más adecuado para admirar las maravillas arquitectónicas que me rodeaban. Seguía confuso, preocupado, aturcido, y encontraba más consuelo en el vuelo patoso de las palomas sobre el embaldosado que en la belleza inmóvil que se alzaba en todas direcciones.

Seguí paseando sumido en un torbellino de pensamientos que no me llevaban a ningún lado. Dejé atrás las calles estrechas y edificios de aire medieval de Vegueta y me encontré sumido en la amplitud de las calles de Triana que rebullían en actividad comercial. Tras pasar frente a la Casa Museo Pérez Galdós encontré la Plazoleta de Cairasco, descrita en la guía como «una encantadora plaza». Tenía sed y decidí sentarme a tomar una cerveza en uno de los establecimientos de toldo rojo que rodeaba su

perímetro, al amparo de una enorme palmera, a pocos metros del imponente edificio de arquitectura neoclásica del Gabinete Literario.

Ya llevaba diez minutos sentado en la solitaria terraza, esperando a que apareciera un camarero, cuando decidí entrar a pedir. El tiempo parece sucederse a un ritmo diferente para los habitantes de la isla. Acostumbrado al frenético ritmo del día a día peninsular, uno no puede evitar la sensación de que los isleños van ralentizados, aunque supongo que desde su punto de vista los que vamos acelerados somos nosotros.

Nunca llegué a tomarme esa cerveza. Apenas me había levantado cuando sentí un pañuelo empapado con un líquido de aroma intenso tapándome la cara. Entre los últimos destellos de conciencia sentí como me metían en un coche.



**Desperté sobre un** viejo colchón en una habitación sin ventanas, solo iluminada por una triste bombilla, y que olía a humedad. Las paredes ni siquiera estaban enyesadas y el gris hormigón acentuaba el aspecto de celda. La única abertura al exterior, una ventana oblonga al nivel del techo, estaba cubierta por fuera y no me permitía ver más allá. No solo me resultaba imposible acceder a ella sino que su estrechez hacía imposible que pudiera salir por ahí. Allí dentro hacía un calor sofocante.

Me levanté todavía aturdido y con un intenso dolor de cabeza. No tenía ni la cartera ni el móvil. ¿Me habían secuestrado? En los días que llevaba en la isla no me sonaba haber oído de ninguna banda que se dedicara al secuestro de turistas. Me examiné el torso y el costado en busca de alguna cicatriz reciente que indicara que me habían robado algún órgano. A parte de no encontrar nada me sentí bastante estúpido.

Tal vez el tío de Jorge estuviera metido en trapicheos y hubiera contraído algún tipo de deuda que no había podido pagar. Después de todo vivía en Francia, fuera del país. Quizá la muerte de Jorge no había sido un accidente y a mí me esperaba una suerte similar. No me seducía la idea de que mi cuerpo amaneciera flotando cerca de la costa.

Me acerqué hasta la puerta metálica y le di un par de patadas. El dolor de mis dedos me aclaró, por si tenía alguna duda, que era bien sólida.

—¿Hay alguien ahí?

No recibí ninguna respuesta. Por mucho que pegué la oreja a la puerta ni siquiera escuché ruido de pasos o de gente moviéndose allí fuera.

Otra opción todavía más escalofriante que las anteriores acudió entonces a mi mente: que me hubieran dejado encerrado en un subterráneo abandonado o en un edificio a punto de ser derruido. De repente, todas las leyendas urbanas y argumentos de mil series y películas se me presentaban como explicaciones plausibles a mi situación, a pesar de que no tuvieran ningún tipo de lógica. No lograba pensar con claridad y me eché de nuevo en el colchón.

Me quedé dormido otra vez y al despertar encontré junto a la puerta un plato con un par de bocadillos de pan de molde, de los que venden en las gasolineras, y un botellín de agua.

Después de todo parecía que no me habían abandonado a mi suerte allí

dentro.

Golpeé la puerta y grité hasta hartarme, pero nadie respondió.

Miré con desconfianza la comida. Sin embargo no había ingerido nada desde la ensalada del día anterior y mis tripas empezaron a protestar ante la simple presencia de alimento. Me tenían encerrado allí dentro a su merced, ¿para qué podían querer drogarme o algo peor?

Me senté sobre el colchón y devoré el contenido del plato. Reservé la máxima cantidad de agua posible por si acaso.

Intenté razonar una vez más sobre mi situación. Todo parecía apuntar a un secuestro. ¿Pero a quién le iban a pedir un rescate? Yo estaba solo en la isla, no tenía ni mujer ni familiares allí a los que poder exigirles nada. A través de mi móvil podrían contactar con mis padres en la península pero dudaba mucho que su economía les permitiera costear mi liberación, de hecho nada en mi indumentaria de veraneante del montón: bermudas, camiseta y sandalias, hacía prever que fuera un potentado al que se le pudiera sacar tajada. La explicación más lógica a todo aquello no tenía el menor sentido.

Me levanté de nuevo y empecé a andar nervioso del colchón a la puerta una y otra vez, fue entonces cuando vi que estaban quitando la cubierta de la ventana.

«¡Oigan, ustedes! ¡Eh! ¡Ayúdenme! ¡Socorro!».

No recibí ninguna respuesta.

Por la apertura pude divisar la Luna, que quedaba perfectamente encuadrada dentro del pedazo de cielo nocturno que enmarcaba. Era un miércoles, el cuatro de agosto del 2004, y el satélite ya no se mostraba en toda la plenitud, su lado derecho había menguado ligeramente. Agradecí la brisa fresquita que de vez en cuando se colaba por el ventanuco atenuando ligeramente el calor.

Pedí auxilio de nuevo hasta que escuché el sonido de una llave en la cerradura y la puerta abriéndose.

No podía creer lo que mis ojos veían.

Una mujer había entrado en la estancia antes de que la puerta se hubiera vuelto a cerrar tras ella. Era negra y estaba completamente desnuda. Tenía todo el cuerpo pintado con extraños símbolos geométricos.

La luz de la bombilla se apagó quedando la habitación solo iluminada por

la mortecina luz que se colaba desde el exterior. Los símbolos plateados que cubrían la piel de la mujer quedaron flotando en la oscuridad con un fulgor fosforescente. No tardaron en empezar a moverse en mi dirección. Un instinto irrefrenable me empujó a retroceder hasta quedar debajo del ventanuco, junto al colchón.

Pronto la tuve frente a mí. Ahora la luz de la luna bañaba su piel y me permitía contemplarla en todo su esplendor. Parecía una hermosa talla de ébano pulido cuya superficie uno no puede resistirse a tocar. Su mirada fría y concentrada no restaba ni un ápice de belleza a su rostro de grandes ojos marrones y labios carnosos, enmarcado por una larga cabellera rizada. El cuello delgado y elegante no era más que la senda sinuosa que descendía hasta unos pechos turgentes, grandes, que parecían henchidos de algún delicioso néctar que unos pezones pequeños invitaban a beber. Le seguía un vientre que era toda una elegía a la fertilidad. Lejos de ser excesivo tampoco era plano, tenía la curvatura justa, sensual, que atrapaba irremisiblemente la mirada y empujaba a desear acariciarlo y recorrerlo en dirección a su sexo. El delicioso fruto se exhibía impúdico, rodeado por una finísima capa de vello. Acerqué mi mano derecha hasta el cuerpo de aquella diosa, esperando sentir, ansioso, el tibio contacto de su piel bajo mis dedos, deslizarlos sobre la humedad de la fina pátina de sudor que le cubría para luego acercar mis labios y recorrerla a besos. Mas cuando estaba a punto de alcanzarla, con un grácil movimiento, la mujer esquivó mi caricia y se fundió de nuevo con la oscuridad, dejando grabada en mis retinas la fugaz visión del vaivén de sus nalgas.

Recuerdo una excitación como nunca antes la había sentido. Tenía el cuerpo empapado en sudor y mi corazón bombeaba desbocado la sangre que descendía acelerada hasta mi entrepierna. Recuerdo que me arranqué la ropa y apenas pude contener una exclamación de sorpresa al ver el tamaño de mi propio sexo. Con solo tocarlo un estremecimiento me sacudió hasta el extremo de hacerme caer de rodillas.

No podía esperar más, totalmente desquiciado, irremisiblemente atrapado, fui en pos de aquel cuerpo, hacia los símbolos que me esperaban brillando en la oscuridad.



## **Desperté completamente desubicado.**

Tardé varios segundos en comprender que no estaba ni en mi casa ni en el colchón del suelo de aquella habitación cerrada, sino en la habitación del piso del tío de Jorge.

Lo último que recordaba de la noche anterior eran aquellos símbolos geométricos danzando en la oscuridad. De hecho todavía me parecía verlos flotando sobre las paredes y el techo, como cuando al mirar demasiado rato directamente el sol, su esfera permanece algunos segundos en nuestra mirada después de haberla apartado.

Sobre la mesita de noche estaban las llaves de la casa, mi cartera y el móvil junto a una nota que en letras mayúsculas decía: «Llama a Fatou». Comprobé que alguien había grabado su número en la memoria de mi móvil.

Durante algunos segundos estuve pensando en si debía llamar o no a la policía. Todas mis tarjetas y mi dinero seguían en la cartera. Apenas me habían retenido unas pocas horas y no me habían hecho ningún daño. Ni siquiera tenía ningún motivo para pensar que todo aquello estuviera relacionado con la muerte de mi amigo. Decidí que lo mejor era no hacer ningún tipo de denuncia, y mucho menos después de mi amistosa charla con los dos agentes. Si algo no me interesaba lo más mínimo era llamar la atención. Por el momento tampoco seguí las instrucciones de la nota.

Me levanté de la cama. Era media mañana. Me duché, me afeité y me preparé un bocadillo de atún. Prácticamente no había tocado las provisiones que compramos en el supermercado el día de nuestra llegada.

Mientras estaba bajo el chorro de la ducha no pude dejar de pensar en la mujer de la noche anterior. Su cuerpo hermoso y aquellos símbolos que cubrían su piel negra regresaban una y otra vez a mi memoria de forma obsesiva. Tan solo recordar su desnudez mi pequeño amigo se puso firmes aunque sin llegar al extremo de la noche anterior. No sabía si había llegado a tirármela, pero de haber sido así, no conservaba el menor recuerdo de ello. Mientras le daba un buen masaje a mi entrepierna la imagen de la bella desconocida no dejó de danzar ante mí con movimientos sinuosos e hipnóticos.

Le acababa de dar el último mordisco al bocadillo cuando sonó el móvil. Apenas conseguí engullir antes de responder.

Estuve más cerca de lo que nunca pude imaginar de ser acusado por omisión de auxilio: nadie podía verificar que no me encontraba junto a Jorge en el momento del accidente y todo parecía apuntar lo contrario. Pero de esto no me enteré hasta aquel preciso instante, cuando el mismo agente con el que había hablado dos días atrás me comunicó que uno de los guardias de seguridad de la discoteca Space King, situada cerca del parque de Santa Catalina, recordaba habernos visto aquella noche. Al parecer tuvimos una discusión ante las mismas puertas de entrada. Jorge gritaba que fuéramos a dar un paseo por el muelle y Nerea, Teresa y yo mismo le intentamos convencer para regresar a casa. Finalmente los tres nos subimos a un taxi y Jorge desapareció con paso tambaleante en dirección al muelle. Allí debió de dar un mal paso y precipitarse contra las rocas, se abrió la cabeza y cayó al mar. La corriente lo arrastró hasta la playa de las Canteras donde unos bañistas descubrieron el cadáver. Hacía tiempo que no me alegraba tanto de oír una frase concreta como cuando el agente me comunicó que el caso estaba cerrado.

Me puse en contacto de inmediato con la oficina que la compañía aérea tenía en el aeropuerto de Gando para cambiar mi billete de regreso. Quería volver cuanto antes, salir de aquella casa y dejar atrás todo lo que rodeaba la muerte de Jorge y mi extraño secuestro. Me atendió un tipo bastante estúpido y me dijo que resultaría imposible. Todos los vuelos a la península hasta el sábado estaban llenos.

Tenía que pensar rápido. Tal vez ahora que el asunto de Jorge estaba zanjado sí sería buena idea hablarles a la policía de lo que me había sucedido la noche anterior. Rememoré el cuarto y la mujer desnuda con el cuerpo pintado. Me imaginé las caras que pondrían los agentes mientras se lo contaba y descarté una vez más esa opción. Aquella gente, fueran quienes fueran, sabían donde vivía. Aunque pensándolo fríamente aquello no era tan grave como podía parecer: si me habían podido encontrar una vez estaba claro que podrían volver a hacerlo de así quererlo. Sin embargo el recuerdo de Jorge y de la pesadilla en que se me aparecía después de muerto estaban demasiado presentes en mi memoria como para que

podiera seguir sintiéndome a gusto en aquel piso de Vegueta. ¿Pero qué opciones tenía de encontrar otro alojamiento hasta el día en que salía mi avión? En pleno mes de agosto me resultaría imposible encontrar una habitación en un hotel o en un hostel y en caso de lograrlo el precio estaría mucho de ser razonable, dejando de lado el hecho de que yo solo la necesitaba para pasar dos noches y que a aquellas alturas lo mínimo que me ofrecerían sin reserva sería una semana. ¿Qué podía hacer? Tal vez dando una vuelta por la zona encontrara alguna pensión asequible. Al coger el móvil recordé la llamada que nunca había llegado a responder y que supuse pertenecía a Nerea. ¡Nerea y Teresa! Tal vez ellas pudieran ser la solución a mis problemas de alojamiento. Llamé de inmediato, esperé varios tonos, cuando ya iba a colgar me respondió la inconfundible voz de Nerea, mezcla de trabajadora de teléfono erótico y de monitora de aeróbic.

«Hola cariño, ya pensaba que te habías vuelto a la península sin despedirte».

«Cuando te cuente lo que me ha pasado no te lo creerás».

«Vaya, vaya, y yo que pensaba que no querías volver a verme».

«Pues... sí, sí, claro... si no estás ocupada...».

«Te mentiría si te dijera que estas dos noches me he quedado en casa chupándome el dedo, corazón, pero para qué engañarte, aunque no recuerdo nada de lo que hicimos en tu cama puedo asegurarte que al día siguiente tuve que ponerme hielo para calmarme la irritación que tenía allí abajo. Vaya, que por mí no hay ningún problema en que nos volvamos a ver, tigre».

«¿Podríamos quedar ahora mismo?»

«Veo que yo también te dejé un buen recuerdo, ¿verdad amor? ¡Menudas ansias!»

«No, no es eso... quiero decir que sí, claro sino no te hubiera llamado pero... pero necesito comentarte un tema cuanto antes».

«Vas a lograr matarme de la intriga, nene. La verdad es que estaba a punto de salir en una excursión para la Montaña de Arucas pero bueno, todavía me dura la resaca de anoche y no me apetece demasiado».

«Podemos hablar más tarde...»

«Te paso a buscar en media hora».

«¿Tienes coche?»

«He alquilado un escarabajo rojo de los nuevos. ¡Es ideal! Descapotable y todo. Ya lo verás».

En treinta y cinco minutos Nerea me esperaba a la entrada de la calle peatonal. Se levantó las gafas de sol y me sonrió al verme. Iba vestida con una camiseta de tirantes verde y unos tejanos cortos deshilachados que acentuaban, todavía más, su generosa anatomía. Nos dimos un beso y subí al escarabajo.

«¿Dónde quieres ir?»

«A cualquier sitio donde podamos hablar».

En este caso el sitio donde podíamos hablar fue una terraza cerca del puerto.

«¿Y Teresa?»

«Se largó ayer».

«¿Cómo es eso?»

«Ni idea, chico. El día siguiente de conoceros ya estaba de lo más rara. Adelantó el billete de vuelta y me dijo que nos veíamos en Bilbao».

«Tuvo más suerte con su compañía aérea que yo. ¿Tú crees que se molestó por algo?».

«A ver, cielo, Teresa no es la mujer más lanzada del mundo, pero vino aquí decidida a pasar de todo, y a relajarse. No lo sé, la verdad, quizá todavía no ha superado el divorcio. Pero en fin yo de ti no me preocuparía, no hizo nada que ella misma no eligiera hacer. ¿Qué es eso de lo que querías hablarme?».

Cuando le dije que Jorge era el cadáver que había aparecido anteayer en las Canteras se puso pálida y encendió un cigarrillo con manos temblorosas. Le conté mi conversación con la policía y las pesadillas que me asaltaban por las noches. Omití el pequeño detalle del rapto. Aquello podía ser contraproducente.

«Por Dios, cariño, claro que puedes venirte conmigo. Como si quieres quedarte todo el mes».

«Estas dos noches bastarán. Muchas gracias, de verdad, Nerea. No sé cómo agradecértelo».

«Bueno, ya encontraremos la manera», dijo sonriendo picarona mientras apagaba el cigarrillo. Se me acercó y me dio un beso. Cuando la abracé noté que todavía estaba temblando.

El apartamento que Nerea y Teresa habían alquilado estaba en el barrio de San Lorenzo, en el distrito de Tamaraceite-San Lorenzo, el más alejado del mar de los cinco que conformaban la ciudad. De hecho San Lorenzo había sido un municipio histórico de la isla que Las Palmas siempre había pretendido anexionar. El golpe franquista, que coincidió con el mandato de un alcalde comunista en el municipio, propició las circunstancias perfectas para se produjera dicha anexión en el 36.

El edificio donde se encontraba el apartahotel era una vieja construcción que debió vivir sus mejores momentos en los setenta. Las paredes blancas necesitaban urgentemente una mano de pintura y el pasamanos de la escalera exterior que permitía el acceso a las tres plantas estaba oxidado. El apartamento de Nerea se encontraba al final de la segunda planta por lo que para llegar hasta él tuvimos que recorrerla toda. Muchas de las puertas ante las que pasamos estaban abiertas, dejando a la vista la intimidad de sus habitantes, turistas en su mayoría, que habían dejado los bañadores y las toallas sobre la barandilla para que se secaran al sol. Era la hora de comer y muchos de ellos estaban reunidos alrededor de la mesa. El aroma de cocina llenaba el ambiente y el ruido de platos y cubiertos se mezclaba con la voz del presentador de las noticias que anunciaba una nueva llegada masiva de pateras a las costas de la isla. Me vinieron a la memoria las imágenes del fuerte D´Estrées en el video del viaje a Senegal de Merche y Ricky. Los mismos que antes eran confinados en bodegas para ir a morir como esclavos a tierras lejanas, se veían obligados ahora a dejar su país por voluntad propia.

Nerea se detuvo en la penúltima puerta y se asomó al interior.

«¿Isabel?».

Una adolescente, con un bikini negro por toda vestimenta, se incorporó en el sofá donde estaba tumbada.

«Hola, Nerea. Está fregando los platos».

«Ya le podrías echar una mano ¿no mi niña?».

La chica se encogió de hombros y llamó a la tal Isabel.

Por el pasillo que se abría al otro lado del pequeño comedor apareció una mujer que rondaría la cuarentena. Era la versión adulta de la muchacha: pelo cobrizo recogido en una cola, ojos claros y delgada. Nerea me las presentó como a Isabel y su hija Carmen. Estaban pasando unos

días en la isla aprovechando que Isabel, cajera de un super, tenía vacaciones y que la niña no iba al instituto. El padre de la criatura y marido de Isabel no las tendría hasta septiembre y habían tenido que marcharse sin él.

«Me sabe muy mal haberlo dejado solo, ¿pero qué quieres? Para un par de semanas que tengo no me iba a quedar en casa. ¿Ya habéis comido?»

«No, todavía no, ahora vamos a ver si preparo algo».

Cuando intenté ayudarla Nerea me echó literalmente de la cocina. Me dijo que me abriera una cerveza y me sentara a ver la tele un rato. A los cuarenta minutos apareció en el comedor con una tortilla de patatas y un par de bistecs. Abrimos una botella de vino tinto. Parecía que finalmente mi pobre organismo iba a poder disfrutar de una comida decente. Di buena cuenta de media tortilla y de mi ternera, y todavía me comí un trozo de su bistec. Después de las primeras copas de vino la conversación que inicialmente había sido algo errática, ganó en fluidez hasta convertirse en una charla distendida que bien hubieran podido mantener dos viejos amigos. Entre risas, bromas y algún beso, terminamos en el dormitorio para atender otro tipo de apetito, no menos acuciante que el de nuestros estómagos.

Creo que después de una buena siesta bajamos a la piscina a darnos un chapuzón y a tomar un poco el sol. Me quedaban menos de dos días de estancia en la isla y mi piel seguía tan blanca como cuando me pasaba el día encerrado en el almacén.

Cuando anocheció fuimos a cenar a una brasería y luego a tomar un par de copas. Nos acostamos temprano. Los dos teníamos muy claro qué nos apetecía hacer y que los locales atestados de gente, de humo y de música dance no resultaban el escenario más adecuado para ello.

El día siguiente viernes 6, nos levantamos temprano decididos a aprovecharlo al máximo, después de todo mi avión salía al día siguiente. Pasamos la mayor parte de la mañana en la playa y después de comer dedicamos la tarde a pasear y hacer algunas compras en el centro.

Llamé a Ricky para preguntarle cómo iba todo.

«Todo viento en popa, chaval. Los espermatoцитos han madurado perfectamente y esta mañana ya los han inyectado en el ovocito. Mañana ya sabremos si se ha fecundado correctamente y en tal caso se lo

introducirán a Merche el lunes».

«Me alegro mucho tío».

«¿Y tú que tal estás? El último día nos dejaste algo preocupados».

«Nada importante, ya os lo dije. En cuanto vuelva quedamos y os lo cuento todo».

Cuando regresamos al apartamento de Nerea ya anoecía. Mientras ella les preguntaba a Isabel y a su hija si les apetecía salir a cenar con nosotros yo fui a dejar las bolsas a su piso. Fue entonces cuando sonó mi móvil.

No pude reprimir un escalofrío al leer el propietario del número en la pantalla iluminada: Fatou. Recordé la instrucción que mis captores habían dejado en la mesita de noche junto a mis pertenencias, instrucción que no había seguido: «Llama a Fatou».

«Diga», conseguí responder con un hilo de voz.

«El tiempo apremia» fue cuanto pude escuchar antes de que el aparato se me escurriera de entre los dedos y cayera al suelo. Ni siquiera se me ocurrió recogerlo para comprobar si se había estropeado. Cuanto quería hacer era salir de allí. Con pasos tambaleantes empecé a retroceder, alejándome del teléfono como si fuera una amenaza que me acechaba desde el suelo y que no dudaría en lanzarse sobre mí si cometía el error de empezar a correr. Todavía pude escuchar la misma voz que había respondido, preguntando una y otra vez desde el suelo: «¿Estás ahí? ¿Me escuchas?» durante algunos segundos, antes de que colgara.

Era una voz de mujer, de mujer anciana. Una voz inconfundible de acento extraño. La misma voz que nos había hablado desde el vídeo.



## **El viaje de** regreso en avión fue una verdadera tortura.

No pude quitarme de la cabeza, ni por un segundo, lo que había sucedido la noche anterior. Intenté desconectar poniéndome los auriculares y viendo la película que ofrecían: una comedia romántica de mediados de los noventa con Nicolas Cage y Bridget Fonda, sobre un policía que comparte el premio de un billete de lotería con una camarera y que ya había visto hacía tiempo en la tele. Pero mis pensamientos volvían una y otra vez sobre lo mismo.

Finalmente Isabel y su hija Carmen vinieron a cenar con nosotros. Yo hubiera preferido pasar mi última noche en Las Palmas a solas con Nerea, pero entiendo que ella lo quisiera así. Invitar a sus vecinas era una buena forma de aclarar que nos lo habíamos pasado bien juntos pero que lo nuestro estaba mucho de ser una relación sentimental. Al día siguiente, cada uno tiraría por su lado y lo más probable era que no nos volviéramos a ver. En presencia de terceras personas evitaríamos que la situación y el vino nos llevaran a magnificar sentimientos y a musitar promesas que nacían predestinadas a ser traicionadas. Después de todo ninguno de los dos teníamos ya edad para andarnos con chiquilladas, ni paciencia para mantener una relación a distancia.

Me preguntaron si ya había probado la gastronomía de la isla y ante mi respuesta negativa decidieron llevarme a un restaurante especializado en comida canaria, no lejos del edificio de apartamentos.

Pedimos un menú degustación para que pudiera probar la mayor cantidad de platos posible.

Empezamos con algunos enyesques, que hacían las veces de entrante o tapa, entre los que habían papas arrugadas, gofio, un alimento hecho a base de cereales tostados y molidos, pata de cerdo asada y mojos variados, una salsa que tiene infinidad de variedades: desde picón, a verde pasando por mojo de queso. Luego vinieron el rancho canario, el sancocho, el conejo en salmorejo y la carne de cabra compuesta, platos que según me contaron suelen ir acompañados por algunos de los enyesques anteriores. Como no podía ser de otra manera, lo regamos todo con un vino tinto local.

Me llamó la atención la forma en que la gastronomía canaria combinaba

sabores dulces, salados y picantes dando lugar a un sinfín de matices que hasta el momento me resultaban desconocidos.

Para cuando llegamos a los postres quien más quien menos ya había saciado con creces su apetito. Sin embargo, no quería irme sin haber probado ninguna especialidad isleña y ante la mirada atónita de las tres mujeres despaché unas tortitas de plátano.

Salimos del restaurante sonrientes y animados por las tres botellas de vino y los posteriores licores. Isabel anunció que ella y Carmen se iban a dormir, para desesperación de su hija y de Nerea que querían ir a tomar unas copas. Yo dije que mi avión salía pronto y no me quería acostar tarde. Finalmente, para contentar a todos, decidimos tomar una copa en algún lugar cercano y acostarnos.

La copa se convirtió en dos y cuando Nerea propuso ir a por la tercera, Isabel y yo decidimos plantarnos. Nerea y Carmen, que ya llevaban un buen rato bailoteando bajo las luces de colores de la pequeña pista, protestaron hasta conseguir que la madre de la niña dejara que su vecina se quedara a cargo de ella y pudieran continuar la fiesta.

Recuerdo que Isabel y yo paseamos tranquilamente de regreso al edificio de apartamentos. Era una noche calurosa y oscura, llena de nubarrones que amenazaban lluvia y tapaban la Luna. No sé si se había estado conteniendo hasta ese momento por deferencia a su vecina o si sencillamente yo no me di cuenta hasta entonces, pero a lo largo del pequeño paseo, Isabel me cogió del brazo y no dejó de sonreírme y dedicarme insinuantes miradas, dotando a su voz de un tono meloso y acogedor. Mantuve el tipo como buenamente pude durante todo el trayecto y al llegar frente a la puerta de su apartamento me sentí aliviado de poder escapar de su presencia. No es que no la encontrara atractiva, sino todo lo contrario. Aquella mujer estaba casada y aunque Nerea y yo no fuéramos pareja, quería evitar forzar una situación incómoda el día antes de irme.

«¿Quieres tomar un baño? Me encanta bañarme desnuda a la luz de la luna. Es muy liberador».

Mi boca, que había sido interrumpida a punto de pronunciar un casto «buenas noches, Isabel» se abrió y cerró varias veces, antes de objetar un poco convincente:

«Nos verán todos los vecinos».

«A estas horas todos duermen, y si alguien nos sorprende mejor para todos. Ellos se alegraran la vista y nosotros tendremos un morbo añadido».

Para cuando Isabel me rodeó el cuello con sus brazos y me besó, entendí que mi autocontrol acababa de ser derrotado estrepitosamente.

Recuerdo que nos desnudamos y nos sumergimos en la pequeña piscina. Isabel recorrió a besos mi cuello y rodeó con sus muslos mi cintura. Recuerdo sus jadeos y las ondulaciones que nuestros movimientos acompasados levantaban en la superficie del agua. Lo último que recuerdo fue el reflejo de la Luna bailando sobre el agua al asomar entre dos nubes.

Desperté en el suelo del dormitorio de Isabel. La luz del sol se proyectaba sobre la pared y el cabezal de la cama, tamizada en decenas de ranuras por las persianas de la ventana.

Al incorporarme vi a Isabel y a su hija, desnudas sobre la cama.

Miré la hora en el despertador de la mesilla. Faltaban menos de dos horas para que saliera mi avión. En la semipenumbra de la estancia busqué desesperado mi ropa por el suelo y sobre los muebles. Me vestí sin tan siquiera intentar recordar qué había sucedido la noche anterior. Tenía que recoger mis cosas del piso de Nerea así que no tendría más remedio que despertarla y dar la cara frente a cuantos reproches quisiera hacerme. Aquello no podía estar pasando. Me había liado con una mujer casada y su hija menor de edad y ni siquiera lo recordaba. De nuevo tenía la sensación de estar rodeado por una nebulosa que me aislaba del mundo real, dotando a todo a mi alrededor de un aire inconsistente, onírico.

Al salir al exterior tropecé con algo que había en el suelo. Era mi maleta abierta y todas mis cosas desperdigadas sobre el rellano. Al menos Nerea había tenido la deferencia de no tirármelas a la piscina. Sin lograr acallar el sentimiento de culpabilidad que ahora se había añadido al aturdimiento, me apresuré a embutir mis ropas en la maleta y a salir pitando en busca de un taxi.



## **El sábado 7** de agosto a las 12:35 llegaba al aeropuerto del Prat.

Estaba agotado. Iba a necesitar otra semana de vacaciones para recuperarme de todo lo que me había pasado durante los últimos siete días.

Cogí un taxi y le di la dirección de mi casa. Pensaba dedicar aquel día y el siguiente a vagar y descansar. Películas, palomitas, sofá y cerveza. Ya pasaría el lunes, después de trabajar, por casa de mis padres para darles sus regalos y luego visitaría a Ricky y Merche para ver cómo andaba el embarazo y darles los suyos.

Acababa de empezar la tercera película de aquella tarde, creo recordar que era *Zombies Party*, justo después de ver por quinta vez *Sleepy Hollow*, cuando me quedé dormido y tuve un sueño muy extraño. Tal vez fuera la pizza familiar de pepperoni y anchoa con extra de mozzarella que había devorado antes de empezar la sesión, quizá el cansancio acumulado y los acontecimientos que me habían sucedido a lo largo de los últimos días. Tal vez una mezcla de todo eso.

Soñé con una planicie bañada por la luz de la Luna. La única vegetación que la salpicaba era, aquí y allá, la solitaria presencia de algún baobab. En su centro había dos círculos, uno circunscrito dentro del otro. El círculo interior estaba formado por jóvenes negros y el exterior por muchachas negras. Ellas lucían largos collares de cuentas de madera por toda vestimenta y ellos anchas pulseras de cuero. Los chicos alzaban sonrientes los brazos a la Luna plateada mientras las chicas bailaban lentamente, girando sobre su pie derecho mediante sensuales movimientos de caderas al ritmo de la música de invisibles *tanebers*.

Paulatinamente el sonido de tambores se fue acelerando, y con él, los movimientos de las muchachas. La oscilación de sus senos movía ahora las cuentas de los collares que chocaban emitiendo un sonido hipnótico que de forma progresiva iba acompasándose con la música. Paso a paso, las bailarinas iban acercándose a los muchachos y la distancia entre ambos círculos iba recortándose. A medida que las muchachas se aproximaban, los chicos iban bajando los brazos al tiempo que gruñían, tensaban sus músculos y pateaban el suelo con ambas piernas, levantando nubes de polvo y dejando que sus miembros cimbrearan libremente sin ningún tipo

de pudor. Mientras su pareja se les acercaba, y sus ojos se dejaban hipnotizar por la desnudez que ella les ofrecían mediante la sensual danza, la erección de sus sexos resultaba más y más evidente.

Cuando los círculos se encontraron el ritmo de la danza devino frenético. Para entonces los movimientos de las muchachas rozaban el paroxismo y los muchachos pateaban la tierra con tanta fuerza y rapidez que ya estaban envueltos por una nube de polvo. Solo cuando ésta se disipó quedó al descubierto una maraña de cuerpos desnudos, que sudorosos, brillaban bajo la luz plateada mientras copulaban sobre el suelo.

El ritmo de *tanebers* que había acompañado la danza de apareamiento se había desvanecido. El único sonido que rompía ahora el silencio del paisaje eran gemidos de placer. Gemidos que seguían la cadencia de los cuerpos desnudos. De repente un aullido ensordecedor cruzaba la noche. La abrupta aparición de un ser gigantesco en la planicie asustaba a los amantes, que se incorporaban junto a sus parejas sin entender qué sucedía. La criatura tenía cabeza de chacal y cuerpo de hombre. Sus ojos brillaban con luz propia como si fueran estrellas las que ocuparan sus cuencas en lugar de ojos, y en sus prominentes pectorales, refulgía con igual intensidad el símbolo de las dos luminarias. De un brusco manotazo se arrancaba el taparrabos dejando al descubierto su descomunal sexo, y a un solo gesto de su mano derecha, todas las muchachas se le acercaban, atraídas por una fuerza sobrehumana ante la que nada podían hacer los intentos de los muchachos por detenerlas. Pronto yacían entregadas junto a la criatura, acariciándola y llenándola de besos por todo el cuerpo mientras las poseía una a una.

Algunos de los chicos, armados con lanzas y machetes, decidían plantar cara al monstruo, y con decisión y coraje, arrancaban a correr hacia donde éste se encontraba. Su desafío no parecía impresionar lo más mínimo a la criatura, la cual seguía copulando sin mostrar intención alguna de dejar de hacerlo. Solo cuando los jóvenes guerreros se encontraban a escasa distancia, los ojos del ser brillaron por unos instantes con mayor intensidad, el tiempo necesario para que sus rivales cayeran fulminados. El resto de muchachos, que habían presenciado el destino de sus compañeros, no podía más que resignarse a contemplar la escena, y esperar a que todo terminara cuanto antes. Pero una segunda figura gigantesca aparecía en el claro. Esta

vez se trataba de una mujer. Solo cubrían su desnudez extraños símbolos que relucían bajo la luna de plata. Sus facciones eran idénticas a las de la chica que había entrado aquella noche en la estancia donde me encerraron.

Ante aquella magnífica visión, el monstruo se desentendía de las muchachas humanas y se dirigía hacia la recién llegada. Con porte autoritario se le acercaba hasta tenerla al alcance, entonces, agarrándole las nalgas con ambas manos, la apretaba contra su sexo erecto. La sonrisa de satisfacción de su rostro animal se truncaba en mueca de dolor cuando sus manos se convertían en dos teas ardientes. Mientras el hombre-chacal contemplaba incrédulo el fuego que consumía sus extremidades, la mujer enarbolaba una daga. La fría hoja destellaba fugazmente bajo la luz de la Luna antes de ser descargada con furia sobre el sexo de la criatura. Entre pavorosos aullidos de dolor el monstruo se llevaba los humeantes muñones hacia la sangrante herida, cayendo al suelo entre horribles estertores de dolor. Ignorando a su oponente, la mujer se sentaba de piernas cruzadas en el suelo y tomaba entre sus manos el enorme miembro cercenado. Tras alzarlo al cielo y musitar unas palabras ininteligibles, se marcaba las mejillas y la frente con su sangre, luego, se lo llevaba a la boca y empezaba a devorarlo con ansia. Mientras masticaba la carne y un reguero rojo se derramaba por la comisura de sus labios, los aullidos del hombre bestia se volvían ensordecedores, como si el órgano sexual siguiera formando parte de su maltrecho cuerpo y pudiera sentir los mordiscos de la mujer desgarrándole.

Desperté con dolor de cabeza y el típico aturdimiento de una siesta demasiado larga. Llevaba durmiendo más de dos horas y más allá de las cortinas pude ver que ya casi había anochecido y que los rótulos de los establecimientos de la calle estaban encendidos.

Recordaba perfectamente todos y cada uno de los detalles del sueño y pasadas las horas y los días, a diferencia de lo que siempre me sucede, seguí recordándolo, como si todo aquello fuera algo que había experimentado en el mundo real, en lugar del resultado de un complicado proceso en el que estaban implicados mis recuerdos y el hipocampo de mi cerebro.



---

**La vuelta al** trabajo fue menos dolorosa de lo que cabía esperar.

Casi me alegró volver a mis tareas cotidianas, a los horarios y a los quebraderos de cabeza del almacén; a la comida insípida de la cantina, al intenso aroma de madera de la nave y a los madrugones. La vida laboral de un mozo de almacén se me antojó como el mejor de los remedios al cúmulo de situaciones incomprensibles que me venían sucediendo últimamente. Los muchachos no pudieron menos que sorprenderse ante la positiva actitud con que me tomaba el asunto, bien lejos de la tan cacareada depresión post-vacacional.

Después de una provechosa siesta, pasé por casa de mis padres. Estuvimos charlando un buen rato y les llevé los embutidos, el queso y el ron que les había traído de la isla. Luego llamé a Ricky, le pregunté por Merche y me dijo que estaba perfectamente, que me pasara por su casa cuando quisiera.

Les llevé sus viandas y les expliqué la versión *light* de mi viaje. Les conté el accidente de Jorge y Ricky se encargó de relacionarlo con la muerte que nos había anunciado la voz de la anciana. Eludí cualquier referencia a mi rapto y a la posterior llamada de Fatou. De esta forma se cerraba el círculo, ellos podían olvidarse del asunto y toda la experiencia quedaba reducida a futura carne de leyenda urbana. Mis correrías sexuales quedaron reducidas a Nerea, y nada mencioné del trío que terminó con la huida de Teresa o del hecho de haberme acostado con una menor. Lo que realmente había sucedido se convirtió por obra y gracia de mis palabras en unas vacaciones de costa la mar de previsibles en las que había sucedido un desgraciado accidente.

Ellos por su parte, seguían esperanzados con la inseminación. Hasta el momento todo el proceso se había desarrollado a la perfección y ya solo quedaba salvar el último escollo. Aquella misma mañana habían fecundado a Merche y ahora solo cabía esperar quince días para tener la confirmación de que el embarazo había prosperado.

Entre cerveza y cerveza se hizo bastante tarde y Ricky propuso que me quedara a cenar. Decliné su invitación, ella tenía que descansar y yo que madrugar. Merche insistió con que el médico le había dicho que podía seguir con su vida normal, que no teníamos por qué acostarnos tarde y que algo

tendría que cenar de todas formas. Recordé que todavía no había ido a comprar y que mi despensa y nevera seguían tan vacías como lo estaban antes de salir para Las Palmas, así que finalmente accedí.

Al día siguiente, cuando sonó el despertador, me sorprendió lo fresco y descansado que me sentía. El domingo, me había acostado mucho más temprano y sin embargo el lunes había sufrido horrores para saltar del catre. Permanecí tendido algunos segundos con la mirada clavada en el techo, estirando unos instantes más la tregua antes de regresar al mundanal ruido, y dejando que mis pobres neuronas arrancaran. ¿A qué hora me había acostado la víspera? El corazón me dio un vuelco. No lo recordaba. De hecho no recordaba ni haberlo hecho. Rememoré la cena, y que Merche se había acostado mientras Ricky y yo nos habíamos quedado charlando en el sofá y tomando una copa.

Mientras me afeitaba y duchaba seguí intentando recordar sin el menor éxito y todavía seguí estrujándome el cerebro mientras conducía camino del polígono industrial. La mañana se me hizo larguísima, no podía esperar al descanso del almuerzo para llamar a Ricky y Merche para comprobar que todo iba bien. Hacia las nueve y cuarto de la mañana, cuando consideré que Ricky ya debía de encontrarse en la oficina, fingí ir al baño y le llamé al móvil.

«¿Qué pasa chaval? ¿Cómo va esa resaca?»

«Joder tío, tengo lagunas como pianos ¿A qué hora me largué?».

«Pues no lo sé. Yo tampoco me quedé corto con el whisky y la verdad es que no recuerdo gran cosa. Le he preguntado a Merche y ella dice que cuando se durmió todavía podía oírnos hablar en el comedor».

«¿Así todo está en orden?»

«Pues sí. ¿Qué se supone que puede ir mal? Ni que el mundo se terminara por coger una buena curda entre semana».

«Claro, claro, eso lo dice alguien que es su propio jefe, pero el resto de mortales...»

«Bah, tampoco podía ser tan tarde. Y en cuanto a la resaca, nada que no se pueda aliviar con aspirina».

«Claro, mamoncete, porque tú te pasas el día sentado, pero si te tuvieras que menear como yo, ya veríamos. Que conste que es la última

vez que me enredas».

«Juas. Eso ya lo he oído antes».

«¿Merche está bien?»

«Perfectamente».

Las dos semanas siguientes pasaron sin que nada destacable sucediera. Finalmente, todo parecía volver a la normalidad. No hubo más sueños extraños, ni lagunas mentales, ni llamadas de la misteriosa Fatou. Con el pasar de los días, la muerte de Jorge y mi extraño secuestro se fueron diluyendo entre las preocupaciones cotidianas y el día a día en la gran ciudad, hasta llegar a convencerme que se trataba de dos hechos aislados sin relación alguna, cuyos misterios, nunca llegaría a desentrañar. Después de todo, si en cuanto sucede a diario siempre hay una parte que nunca llegamos a conocer, lados de la poliédrica realidad que quedan en la sombra, aquellos incidentes no iban a ser una excepción.



**Lo daría todo** por que mi historia terminara aquí. Por poder poner el punto final y que estas palabras ya nunca hubieran salido del teclado de mi ordenador. Pero, desafortunadamente, la historia continúa. Muy a mi pesar encontré más respuestas de las que hubiera deseado, y me fueron desvelados aspectos de este mundo que preferiría nunca haber llegado a conocer. El precio fue demasiado alto.

Recibí la llamada de Merche el martes 24 de agosto. La alegría desbocada que transmitía su voz convertía sus palabras en una algarabía ininteligible que se mezclaba con sollozos de euforia. Mucho antes de poder entender lo que intentaba decirme comprendí lo que ocurría: ella y Ricky estaban embarazados.

La felicité cien mil veces y por bien poco no terminé, contagiado de su emoción, llorando yo también. Ricky, algo más tranquilo, me comentó que aquel mismo viernes iban a celebrar una fiesta en casa para dar la noticia a los íntimos, fiesta a la que evidentemente estaba invitado. Los dos sabían lo poco que me gustaba mezclarme con sus amistades de alto standing, pero la ocasión bien lo requería y comprendí que les hiciera ilusión que yo estuviera presente.

En aquella ocasión intenté no desentonar más de lo necesario. Con una americana de la última boda, la camisa más nueva que tenía, tejanos y zapatos negros, me planté en la fiesta puntual como el que más y con dos botellas bajo el brazo de un Ribera del Duero de esos que duelen al bolsillo.

Los anfitriones me recibieron sonrientes y radiantes. Ricky vestía un polo ajustado negro de cuello redondo que resaltaba su torso musculoso y pantalones de corte recto. Ella lucía un vestido de colorines con tirantes y estampado retro. Llevaba el pelo recogido por una diadema roja que acentuaba su aspecto juvenil.

«Buenas noches, papis».

«Estás guapísimo».

«No le digas esas cosas que luego se las cree».

La velada fue más digerible de lo que a priori cabía esperar. La futura paternidad de Merche y Ricky copaba todas las conversaciones, y en

consecuencia, podía integrarme a ellas con más garantías de no meter la pata que cuando versaban sobre leyes, sentencias del tribunal supremo, índices bursátiles y expectativas de inversión. Por otro lado, varios de los amigos de Merche y Ricky que recordaba emparejados de la última cena, acudieron solos a ésta. No hace falta ni decir que resultaban mucho más divertidos y simpáticos en su nueva condición de libertad vigilada. Sin ningún tipo de premeditación, los desparejados terminamos charlando unos con otros en un corro y sentándonos junto en la mesa. Antes de eso, Ricky había conseguido escabullirse de Merche para decirme que le había preparado una pequeña sorpresa. Hacia las once y media traerían un pastel enorme con «a la mamá más guapa» escrito encima. Yo debía encargarme de ir a la habitación de al lado a por la cámara de video mientras él abría la puerta y grabarlo todo cuando entrara con la tarta en el comedor.

Cuando llamaron a la puerta y Merche hizo amago de levantarse Ricky la detuvo al tiempo que le decía que ya iba él, que seguro que era el vecino que le devolvía el taladro que le había dejado antes. Merche, no muy convencida, soltó «pues vaya horas». Una de las mujeres se afanó a preguntarle cualquier cosa para llamar su atención, mientras yo me escurría a por la cámara con un tímido «voy al baño» por toda excusa.

Alguien apagó las luces del comedor. Cuando se volvieron a encender Ricky estaba de pie junto a Merche con la tarta en las manos y yo filmando desde un rincón para poder captar la cara de los dos. Sonriente y divertida la de él, entre sorprendida y desconcertada la de ella. Hubo aplausos y risas. Lágrimas y besos. Fue el colofón de oro a una velada fantástica, aquel preciso instante en el que uno toma conciencia de que al fin se ha hecho realidad aquello por lo que tanto se ha luchado y que tanto se ha anhelado. Estoy seguro que durante aquellos breves instantes Merche y Ricky compartieron la dicha más absoluta. Al menos necesito creer que así fue.

Poco a poco los invitados se fueron marchando hasta que, como de costumbre, solo quedamos nosotros tres. Cuando finalmente hice amago de irme. Merche me detuvo y cogiéndome de la mano me llevó hasta el sofá. Mi cara de incomprensión se acentuó cuando Ricky situó el trípode y la cámara de video filmándonos, antes de sentarse con nosotros. Mientras tanto, Merche llenaba tres copas de cava. Brindamos y bebimos.

«Tenemos un grave problema», dijo finalmente Ricky poniéndose serio.

«Un problema que solo podremos solventar si alguien nos ayuda», añadió Merche.

«Y no un alguien cualquiera».

«Tiene que ser alguien dispuesto a hacerse cargo de una gran responsabilidad».

«Una responsabilidad que durará toda la vida».

«Hemos pensado que tú eras la persona más adecuada para asumirla».

«¿Yo?», logró balbucir.

«Siempre y cuando te creas capaz de hacerlo, claro», matizó Ricky.

«Bueno... ¿de qué se trata?»

«Nos gustaría mucho que fueras el padrino de nuestro hijo», concluyó Merche apoyando su mano en mi antebrazo. Ella y Ricky rompieron a reír viendo la cara de susto que se me había quedado.

«Sois... sois un par de cabronazos. ¡Madre mía! ¡Y encima lo habéis grabado todo!».



**Desperté con una** sonrisa en los labios. Era como si el tiempo se hubiera congelado en el mismo instante en que Merche pronunció aquellas palabras: «nos gustaría mucho que fueras el padrino de nuestro hijo». Me desperecé, bostecé, restregué los ojos y fui hasta la ventana. Levanté la persiana, aparté las cortinas y di un vistazo. Ya era casi mediodía y la calle estaba repleta de coches y gente que la recorrían en todas direcciones dotando a la escena del bullicio típico de un sábado por la mañana.

Fui hasta la mesita de noche y comprobé el móvil. Tenía un mensaje de Ricky en el buzón de voz. Lo había dejado hacía más de una hora.

«Éste madruga por vicio», me dije.

Cuando me acerqué el aparato al oído por bien poco no lo dejo caer. Ricky hablaba a gritos. Las primeras palabras del mensaje estaban pronunciadas de forma tan entrecortada y en tal estado de nervios que apenas conseguí entender nada. El mensaje finalizaba de forma tan abrupta como empezaba con un agónico «¿Quién eres? ¿Quién cojones eres? Esto tiene que ser una pesadilla. Dios mío, esto no puede estar sucediendo».

Escuché otra vez el mensaje de Ricky, con el corazón en un puño, pero sus palabras me resultaron igual de ininteligibles. Llamé a su casa y esperé inútilmente a que alguien cogiera el teléfono. Probé con sus móviles pero en ambos me saltó el buzón de voz.

No recordaba que hubiera sucedido nada malo la noche anterior. Recordaba las risas, el cava, su propuesta de ser el padrino de su hijo. Pero no recordaba nada más. Ni siquiera haber dado mi previsible respuesta a su propuesta. Una vez más había una laguna de olvido que ocupaba el lugar donde debería haber recuerdos, un tiempo que se había perdido, un lapso arrancado de mi memoria como si fuera la pieza de un rompecabezas.

Me vestí y salí corriendo hacia el piso de Ricky y Merche. Intenté contactar con ellos varias veces por el camino sin el menor éxito. Cuando dejé el coche en doble fila frente a su bloque me tranquilizó no encontrar ambulancias ni coches patrulla ante la puerta. Llamé al portero automático pero no obtuve respuesta, insistí varias veces antes de usar mi llave.

Al igual que Ricky y Merche tenían una llave de mi cuchitril yo tenía una copia de la llave de su ático. Desastre como soy, después de tener que

llamar dos veces a un cerrajero para poder entrar en mi propia casa, opté por dejarles una copia por si volvía a dejarme las llaves dentro. Ellos hicieron lo mismo por aquello de regarles las plantas cuando estuvieran de vacaciones y por si surgía algún imprevisto, aunque en realidad creo que me la dieron por aquello del *quid pro quo* y que yo no me sintiera mal.

Llamé repetidamente a la puerta. No obtuve respuesta. Escuché pero no percibí ruido ni movimiento alguno en el interior. Abrí la puerta.

«¿Ricky? ¿Ricky? ¿Hay alguien? ¿Merche?»

Fui hasta el comedor. La mesa estaba todavía por recoger tal cual la habíamos dejado la noche anterior. Sobre la mesa de centro todavía se encontraban las tres copas y la botella de cava vacía. La tele estaba encendida pero solo mostraba un fondo azul eléctrico. Vi que estaba conectada mediante un cable a la cámara de video que seguía sobre el trípode. Ricky debía de estar editando la película de anoche.

«¿Ricky? ¿Merche? ¿Estáis ahí?»

Salí del comedor y recorrí el pasillo en dirección a las habitaciones. Pude escuchar ruido de agua proveniente del dormitorio.

«¿Estáis bien? ¿Hola? Ri...»

Las palabras murieron en mi boca. No podía respirar. Me faltaba el aire tal y como si una mano me atenazara la tráquea, asfixiándome. Ni siquiera pude gritar. Ante el espectáculo que me esperaba en el dormitorio solo fui capaz de emitir un patético gorgoteo. Merche yacía en el centro de la cama de matrimonio, sobre un charco de sangre que dibujaba una rosa de macabra belleza en las sábanas, con el vientre cosido a cuchilladas. Sus ojos azules miraban en mi dirección con una expresión de sorpresa congelada, como pidiéndome algún tipo de respuesta con la mirada. Me desplomé. Asaltadas por un temblor incontrolable mis piernas se negaban a sostenerme. A cada segundo que pasaba respiraba con mayor dificultad y la vista se me enturbiaba. Apoyé ambas manos sobre el parquet e intenté ralentizar mi respiración. Una y otra vez inspiré hasta llenar mis pulmones para solo entonces soltar el aire muy lentamente. Mantuve en todo momento la mirada clavada en el suelo, intentado ignorar el cadáver desmadejado de Merche y dejando que lágrimas de puro horror me empaparan el rostro. No sé cuanto tiempo estuve postrado junto a la cama. Finalmente pude levantarme. La puerta del baño del dormitorio estaba

entreabierta: de su interior provenía el rumor de agua que había escuchado. La empujé temiendo lo peor.

Ricky estaba dentro de la bañera de hidromasaje. Hubiera parecido plácidamente dormido de no ser por el corte que cruzaba su garganta y del que nacía un reguero púrpura que le manchaba la ropa y se mezclaba con el agua de los chorros, dejando su rastro sobre el fondo blanco hasta ir a morir engullido por la válvula del desagüe. Su mano derecha todavía sostenía el cuchillo con el que se había degollado. Probablemente, el mismo con el que había apuñalado a Merche.

Me arrodillé frente al lavabo y vomité hasta que mi estómago hubo expulsado cuanto contenía.

No podía creer que aquello estuviera sucediendo. ¿Por qué? Era la pregunta que una y otra vez restallaba en mi desesperada mente. ¿Por qué?

Cuando fui capaz de levantarme de nuevo regresé al dormitorio. Cerré los párpados de Merche y cubrí su desnudez con una sábana.

Tambaleándome conseguí llegar hasta el comedor. Me desplomé en el sofá. Ese mismo sofá donde tan solo unas horas antes habíamos estado hablando. Rompí a llorar desconsoladamente. Aquello no podía estar sucediendo. ¿Por qué? ¿Por qué lo había hecho? Mi mirada, borrosa por las lágrimas, se dirigió hacia la pantalla azul del televisor. Una extraña idea me impulsó a rebobinar la cinta que había dentro de la cámara y pulsar *play*. Era la cinta de la noche anterior. Merche aparecía sonriendo, radiante, con su diadema y su vestido de colores y besaba a Ricky, con el pastel en las manos. Aquello era demasiado doloroso. Pulsé el avance rápido hasta que aparecíamos los tres en el sofá.

«Sois... sois un par de cabronazos. ¡Madre mía! ¡Y encima lo habéis grabado todo!», decía yo con falsa indignación mientras ellos se reían.

En este punto de la cinta, la imagen se deformaba bajo el efecto de alguna interferencia, de la misma forma que en el video de su viaje a Senegal, cuando escuché la voz de Fatou por primera vez. Sin embargo, en esta ocasión, todo volvió a la normalidad en unos segundos. Seguíamos los tres sentados en el sofá. Pero ya no había risas, ni nadie hablaba. Constaté aterrado que mis ojos refulgían con un brillo espectral. ¡El mismo brillo que tenía el hombre-chacal de mi sueño en la mirada! Me levantaba del sofá y en una voz que no reconocí como propia le ordenaba a Ricky que me

desnudara. Con una mirada vacía que le dotaba de una expresión ausente, la misma que tenía Merche, Ricky se levantaba y me obedecía sumisamente. Como si fuera mi sirviente, me iba despojando, de toda la ropa. Luego, bastaba una palabra para que se pusiera a cuatro patas en el suelo, en una postura a todas luces servil y humillante. Yo me sentaba sobre su espalda al tiempo que le ordenaba a Merche que se levantara y desnudara. No podía creer lo que estaba viendo. En pocos segundos el cuerpo de Merche, el mismo que ahora yacía sin vida sobre la cama, me era mostrado en toda su belleza. Atendiendo a un leve gesto de mi mano se arrodillaba ante mí, y empezaba a acariciar mi sexo hasta que alcanzaba una erección inaudita. Solo entonces lo rodeaba con los labios y empezaba a chupar mientras una sonrisa socarrona deformaba mi rostro.

Aquello era más de lo que podía soportar. Pulsé el avance rápido y pude comprobar consternado cómo hasta el final de la cinta, Merche se sometía a todos y cada uno de mis deseos por muy retorcidos y obscenos que estos fueran, sumisa y obediente, mientras Ricky asistía como invitado de piedra de forma absolutamente degradante.

¿Qué estaba sucediendo? En aquellos instantes, fui consciente que mi cordura pendía de un hilo finísimo que estaba aguantando más tensión de la que podría soportar sin partirse y dejarme caer en un delirio desquiciado. El mismo delirio al que Ricky se había arrojado al ver aquellas imágenes y comprender que aquello ya había sucedido al menos otra vez. El mismo día en el que fue fecundado ese hijo que creía suyo.

Aturdido salí al balcón del ático. Desde aquella altura los coches eran manchas insignificantes, los peatones apenas se veían. Quería lanzarme al vacío. Deseaba con toda el alma poner fin a aquella pesadilla, a tanto dolor, a tanta sinrazón. No era Ricky quien había matado a Merche y luego a sí mismo. Había sido yo quien les había degradado, vejado y manipulado en su propia casa. Había sido yo quien había asesinado a mis mejores amigos. ¿Qué extraña locura me había empujado a actuar de semejante forma y olvidarlo al día siguiente? ¿Qué había hecho en las otras ocasiones que no recordaba, cuando no había una cámara filmando que pudiera testimoniar lo que desaparecía de mi memoria? Sin embargo, no hay locura capaz de hacer brillar los ojos de una persona como una estrella; no hay demencia que anule la voluntad de quienes te rodean y les empuje a obedecerte

ciegamente.

Miré hacia abajo desde mi posición, con una pierna en cada lado de la barandilla. Estaba tan cerca de poner fin a todo aquello. Sin embargo algo en mi interior insistía en que yo nunca habría hecho ningún mal a Ricky y a Merche. Les quería demasiado, me importaban demasiado. Fuera quien fuera quien aparecía en el video abusando de Merche delante de las narices de Ricky, ese no era yo. Al menos no era yo quien ocupaba ese cuerpo, ni lo había sido en el resto de ocasiones. Con razón no conservaba memoria alguna de esas horas: sencillamente no las había vivido, alguien lo había hecho por mí. Quienquiera que fuera ese alguien era aquél que verdaderamente había terminado con la vida de mis amigos, y la memoria de Merche y Ricky merecía algo mejor que un suicidio estúpido. Lo mínimo que podía hacer por ellos era intentar encontrar una explicación.

Regresé al interior del comedor. Tal vez me estuviera mintiendo en todo aquello, pero ese autoengaño me ofrecía un nuevo objetivo y me empujaba a seguir adelante. De nuevo podía pensar con claridad. Me enjugué las lágrimas, me quedé con la cinta y guardé el trípode y la cámara. A continuación llamé a la policía. Mi versión de los hechos no distaba en exceso de lo que realmente había sucedido: Ricky me ha llamado hacia las doce y media totalmente alterado y gritando frases sin sentido. He acudido inmediatamente a su casa y tras llamar varias veces sin obtener respuesta he abierto la puerta con la copia que tengo de sus llaves. Dentro he encontrado el cadáver de Ricky y el de su esposa Merche. Sí, los conocí en el instituto, desde entonces nos unía una fuerte amistad.

Al día siguiente, domingo 29 de agosto, la noticia aparecía en las noticias y la prensa de todo el país.

*«Mercedes Castro de 32 años fue hallada muerta en el día de ayer junto al cuerpo de su esposo Ricardo Sánchez, de la misma edad, en su domicilio de Barcelona, en lo que parece un nuevo caso de violencia doméstica.*

*Según fuentes de los Mossos d'Esquadra todo parece indicar que Ricardo Sánchez apuñaló varias veces a la víctima para después quitarse la vida, seccionándose la yugular en el baño de su domicilio.*

*Junto al cuerpo del presunto homicida se encontró un cuchillo de grandes dimensiones manchado de sangre.*

*Los cadáveres fueron encontrados a las 13:39 por un amigo de la pareja que, alertado por una extraña llamada del agresor, acudió al escenario del crimen, accediendo al domicilio mediante una copia de las llaves que el matrimonio le había confiado.*

*Con esta ya son 62 las mujeres que han muerto víctimas de la violencia doméstica en lo que va de año».*

**Me arrastré por** los velatorios, los funerales y los entierros sumido en ese estado de aturdimiento que últimamente me envolvía y me alejaba de todo, convirtiendo el mundo exterior en una pequeña bola de cristal donde sucedían cosas que me eran ajenas. Cuando sacudía la bola empezaban los lloros y gritos de pena de los familiares de Merche, otras veces aparecía el rostro grave y confuso del padre de Ricky y las lágrimas silenciosas de su madre. Las dos familias ni siquiera pudieron consolarse mutuamente, los reproches y la frustración se imponían a la pena.

Pasé todas aquellas noches en vela, encerrado en casa, con las ventanas y la puerta bien atrancadas. Todavía no sabía qué era lo que me estaba sucediendo, pero sí el efecto que podía tener sobre aquellos que me rodeaban. Intenté ponerme en contacto con Nerea para saber si estaba bien. Nunca respondió a mis llamadas.

Fueron unos días extraños. Tal vez brillara el sol y la temperatura fuera perfecta para bañarse en la playa. Pero en mi recuerdo son películas en blanco y negro, con fotogramas ajados llenos de dolorosas escenas. Una agónica filmación proyectada en una sala vacía con el acompañamiento de un fúnebre piano.

Cuando todo pasó llamé a la única persona que podía ayudarme a entender qué es lo que estaba sucediendo: Fatou.

No hubo reproches ni aspavientos. Ni siquiera un lacónico «has tardado mucho» y mucho menos impertinentes indagaciones sobre qué me había empujado a marcar su número. Lo primero que la voz de la anciana me preguntó fue mi nombre.

Luego, sin tan siquiera esperar a que yo hiciera la previsible pregunta, la anciana me ofreció respuestas con aquella voz tan peculiar que parecía surgida de lo más recóndito del mundo más antiguo y olvidado. Escuché sus palabras, pronunciadas en un tono pausado y monótono semejante a un salmo, sin poner en tela de juicio en ningún momento la verdad de aquello que me estaba siendo relatado. Había visto demasiado como para poder permitirme el lujo de ser un escéptico. Al igual que Alicia, yo también había cruzado al otro lado del espejo y desde ahí las cosas se ven muy distintas.

«Soy Fatou Niane, hija de Abdoulaye Niane y Mar Keita. Apenas era una

niña cuando tuve que abandonar mi país y venir al tuyo, pero mi madre siempre procuró que conociera las costumbres de mi Senegal natal y no olvidara mis raíces. Cuando con el paso de los años, Mar entendió que yo tenía el don, hizo todo lo posible para que conociera los ritos que rigen las energías del Universo y la magia que nos permite comunicarnos con las fuerzas espirituales.

»El influjo de *Weer* está sobre ti. Y solo hay una forma de que la luminaria nocturna pose su mirada con tanta intensidad sobre un ser mortal. Luna es el símbolo de la vida y la fertilidad, ella rige nuestra parte más oscura, nuestros instintos más ocultos, su alma es poderosa y ejerce un gran influencia sobre nuestro espíritu vital. Nuestros antiguos los sabían y realizaban ritos de fertilidad en su nombre, tanto para que las cosechas fueran provechosas como para que el vientre de las mujeres fuera fecundo y la tribu perviviera.

»Luna en su forma completa nos visita una vez cada veintinueve días y medio, pero de vez en cuando sucede que dos lunas llenas lucen en nuestro firmamento en el mismo mes. Ese fenómeno se conoce en inglés como *Blue Moon*, Luna triste o Luna azul. Pero es algo más que un fenómeno astronómico, es también un punto crítico de poder de fuerza espiritual. Cualquier magia realizada bajo la influencia de la Luna triste será mucho más poderosa que cualquier otra noche de Luna llena.

»Entiendo por tu desconcierto que no fue de forma voluntaria, pero debes saber que durante la última Luna Triste el influjo de la luminaria cayó sobre ti. Llamaste su atención mediante algún tipo de rito mágico, aunque todavía no acierto a comprender cómo. ¿Qué hiciste la noche del sábado 31 de Julio?»

«No lo recuerdo».

«¿Pasó algo especial ese día?»

«Mis amigos regresaron de un viaje a Senegal».

«¿Te trajeron algo de mi tierra, una estatuilla, cerámica?»

«Me trajeron una camiseta. Cuando desperté la llevaba puesta».

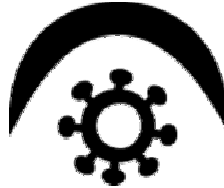
«¿Hay algún símbolo en esa camiseta?»

«Las dos luminarias. El Sol y la Luna».

«Necesito ver ese símbolo».

Fatou me pidió que le mandara inmediatamente una copia de ese

estampado. Escaneé la camiseta y le mandé una copia por correo electrónico. Pude escuchar como hablaba con alguien, supuse que era su hijo, o algún nieto.



«Ya lo tengo. ¿En tu camiseta aparecen igual? ¿En esa misma posición?»

«Sí, la Luna cubriendo el Sol».

«En realidad no se trata del Sol, sino de una estrella. Es un símbolo Adrinka. *Osrám ne nsoromma*, la Luna y la estrella. Simboliza el amor, la lealtad, el lazo armonioso entre un hombre y una mujer. Pero no es correcto. Está estampado al revés. Como una cruz cristiana colgada cabeza abajo, con lo que su significado pasa a ser su antagónico: un lazo desigual, la traición, la imposición sobre la voluntad del otro».

«¿Pero cómo, cómo pude llevar a cabo un rito mágico sin darme cuenta?»

«Existe un rito de fertilidad según el cual, las noches de Luna llena los hombres de la tribu se pintaban este símbolo en el pecho, y bailaban hasta quedar exhaustos frente a *Weer*. Como muestra de respeto nunca alzaban la mirada hasta su desnudez sino que le hablaban a través de su reflejo en el agua».

«Pero, suponiendo que aquella noche de finales de julio llegara a casa y me probara la camiseta...»

«Lo harías frente a un espejo, un espejo en el que se reflejaría la Luna triste a través de la ventana».

«Dios mío».

«Recuerdo como a principios de agosto me asaltó un aciago presentimiento de muerte y dolor. Intenté captar su origen, pero no conseguí que mi espíritu vital llegara hasta él. Estabas demasiado lejos. En cuanto llegaste a la isla supe que te encontrabas cerca. No existen las casualidades. Volaste hasta Las Palmas por un motivo, y éste no era otro

que encontrarme. Cuando conseguí localizarte mi gente empezó a vigilarte y cuando se dio el momento propicio vino a por ti. Sí, te debo una disculpa por eso, pero no se me ocurrió ninguna forma mejor de comprobar que te hallabas bajo el influjo de una poderosa energía. Cuando llegó la noche, mi nieta Mariama entró en la habitación donde te habíamos encerrado bien protegida por los símbolos que cubrían su piel. Incitamos tus instintos y tu cara oscura salió a la superficie y con ella la mirada de luz».

«Pero, ¿por qué me soltasteis? Si sabías del peligro que suponía para los demás. ¡Hubieras podido evitar que mis amigos murieran!».

«La policía te tenía controlado por la muerte de tu amigo. Varios miembros de mi comunidad se encuentran en una situación ilegal y no podíamos arriesgarnos a que nos sorprendieran secuestrándote. Te retuvimos solo el tiempo imprescindible. Luego, viendo que ignorabas el mensaje que te habíamos dejado, intenté ponerme en contacto contigo, pero fue inútil, no quisiste escucharme. He tenido que esperar que vinieras a mí, sabía que tarde o temprano lo harías y que éste era el único modo. Solo por propia voluntad se puede acceder al rito de liberación. Ahora que ya has visto con tus propios ojos el poder que se cierne sobre ti y sus funestas consecuencias entiendes que es necesario, sea cual sea el precio a pagar».

Fatou me enseñó una forma de poder recuperar mis recuerdos perdidos. De poder acceder a esas lagunas que se posaban en mi memoria cada vez que caía bajo el influjo de mi parte más irracional e instintiva. Se trataba de repetir el ritual que había realizado sin saberlo, pero en lugar de a medianoche, a plena luz del día.

Me desnudé y planté frente al espejo con la camiseta que Merche y Ricky me trajeron de Dakar por toda vestimenta. La luz de la mañana entraba a raudales por la única ventana de mi dormitorio. Apenas pasaron unos segundos antes de que la superficie del espejo en el que me reflejaba empezara a ondularse, suavemente al principio, con mayor intensidad luego, como si fuera el agua de un recipiente que alguien estaba moviendo suavemente. Paulatinamente, nacieron círculos concéntricos de distintos puntos del espejo como si le hubieran arrojado un puñado de piedras a un estanque. Cuando las ondas desaparecieron la imagen que se formó no era

la mía. Era la de Jorge, Nerea y Teresa saliendo de la Space King vista a través de mis ojos. Ahora era un tipo alto, musculoso y con la cabeza rapada, el que ocupaba mi campo visual. Me miraba con cara de pocos amigos hasta que le susurraba unas palabras al oído. Su expresión severa se relajaba y dotaba a su cara de una expresión bobalicona. Nunca existió ninguna discusión a las puertas de la discoteca. Acompañamos a Jorge hasta el puerto y lo abandonamos allí a su suerte antes de coger un taxi. La única simiente que fecundaría las entrañas de Nerea y Teresa esa noche sería la mía. Y las imágenes que el espejo me dio a contemplar a continuación, no dejaron ningún lugar a dudas que así fue. Mientras el cadáver de Jorge flotaba arrastrado por la corriente las dos mujeres y yo nos entregábamos desesperados a una orgía sexual en la que no estaba permitido ningún tipo de límite. De la habitación del piso de Vegueta, la imagen me transportaba al apartamento de San Lorenzo, donde la hija adolescente de Isabel me sorprendía en la cama con su madre. Bastaban unas palabras para que dejara de gritar, se desnudara y viniera a la cama. Nerea aporreaba la puerta berreando que sabía que estaba ahí, pero resultaba más divertido dejar que siguiera desgañitándose, y siendo testigo, por los sonoros gemidos que le llegaban desde el dormitorio, de lo que ahí estaba sucediendo, que hacerla entrar y someterla de nuevo. Cuando la imagen cambió mostrándome el ático de Ricky y Merche aparté la mirada. Ya había visto suficiente, y aunque solo fuera por respeto a su memoria me negaba a ver más.

Cuando volví a mirar, todo había vuelto a la normalidad y la lisa superficie del espejo me devolvía mi propio reflejo. Mi rostro, ojeroso y pálido, con el pelo revuelto, las mejillas hundidas, parecía el de un cadáver, y en cierta forma ya hacía tiempo que lo era.



## **Quería dejar este** documento por varios motivos.

El principal es que esta noche probablemente muera.

Hoy 28 de septiembre habrá Luna llena y finalmente Fatou podrá practicar la ceremonia de liberación que ha de romper el influjo que pesa sobre mi espíritu, sin embargo ya me ha advertido que entraña un gran peligro. La única forma de librarme de la blanca Luna será castigando severamente a mi cuerpo. Tal vez sea suficiente con algunos cortes superficiales, pero quizá haga falta algo más, quizá haya que cercenar varias partes antes que la reina de la noche considere que mi maltrecha carcasa ya no es digna de su atención. Quizá solo con la muerte, mi fuerza vital recupere la libertad. Tenía mucha razón cuando me decía que necesitaría de una sólida convicción para avenirme a semejante ritual.

Por otro lado creo hay varias personas que merecen saber lo que realmente sucedió. Los padres de Ricky, Merche, y los de Jorge, las primeras.

Si hoy muero, me gustaría que mis padres recibieran alguna respuesta acerca de los acontecimientos que me han llevado a este final.

Hay varias personas que merecen una disculpa. No solo los familiares de los fallecidos, sino también Nerea, Teresa y muy especialmente Isabel y su hija Carmen. Buenas personas que no merecían lo que les hice y a las que probablemente he arruinado la vida. Lo siento, lo siento mucho.

Desgraciadamente, entiendo que no es fácil para aquellos que seguís viviendo sumergidos en vuestros problemas cotidianos, convencidos que este mundo está regido por leyes cuantificables que apelan a la lógica y a demostraciones empíricas, leer mi historia y creerla sin ningún tipo de reparo.

Lo único que conseguiría si los padres de mis mejores amigos, o los míos leyeran estos renglones, sería convencerles de que he perdido el juicio. Y si este manuscrito acabara en manos de la policía, Fatou y los suyos tendrían serios problemas, aun cuando su único crimen haya sido el de intentar ayudarme. Es por eso que he decidido dejarlo bajo la custodia de Fatou. Tal vez cuando ella fallezca, sus familiares consideren que ha llegado el momento de que vea la luz. Decidan lo que decidan me sobran motivos para estarles sinceramente agradecidos.

*28 de septiembre de 2004  
Las Palmas de Gran Canaria*

**Enric Herce Escarrà** nació el 26 de Enero de 1972 en Barcelona porque había que hacerlo en algún sitio, pero desde la tierna edad de un año reside en Reus (Tarragona) por lo que ni se os ocurra preguntarle por alguna calle de su ciudad natal. Licenciado en Filología Inglesa, en la actualidad trabaja como Webmaster, un trabajo la mar de interesante, pues se realiza sentado y suele dejar los fines de semana libres.

Ganador del Tierra de Leyendas IV y finalista del certamen de relatos cortos «Einstein y el Quijote» convocado por el Ciemat, ha publicado relatos y poesías en los fanzines *Tierras de Acero MGZN*, en *Miasma*, en el e-zine *Aurora Bitzine*, y en las antologías *Tierra de Leyendas IV*, *Tierra de Leyendas V* y *De la caballería andante a la teoría de la relatividad. Un encuentro en el espacio y el tiempo*.

También suele publicar microrelatos y relatos cortos en su blog [www.nudodepedras.com](http://www.nudodepedras.com)

**Ediciones Efímeras** es una editorial cuyo ánimo consiste en promocionar la literatura fantástica, centrándose sobre todo en microrrelatos, cuentos ilustrados y novelas previamente publicadas en Internet. **Ediciones Efímeras** es una editorial sin ánimo de lucro, que ofrece en formato PDF y de forma gratuita para su descarga las obras de los autores que colaboran con ella. Si es usted editor, y está interesado en publicar esta obra en otro formato, por favor contacte directamente con la editorial en la dirección: [efimero@eximeno.com](mailto:efimero@eximeno.com)

O visitar su web en la dirección: [www.edicionesefimeras.com](http://www.edicionesefimeras.com)

